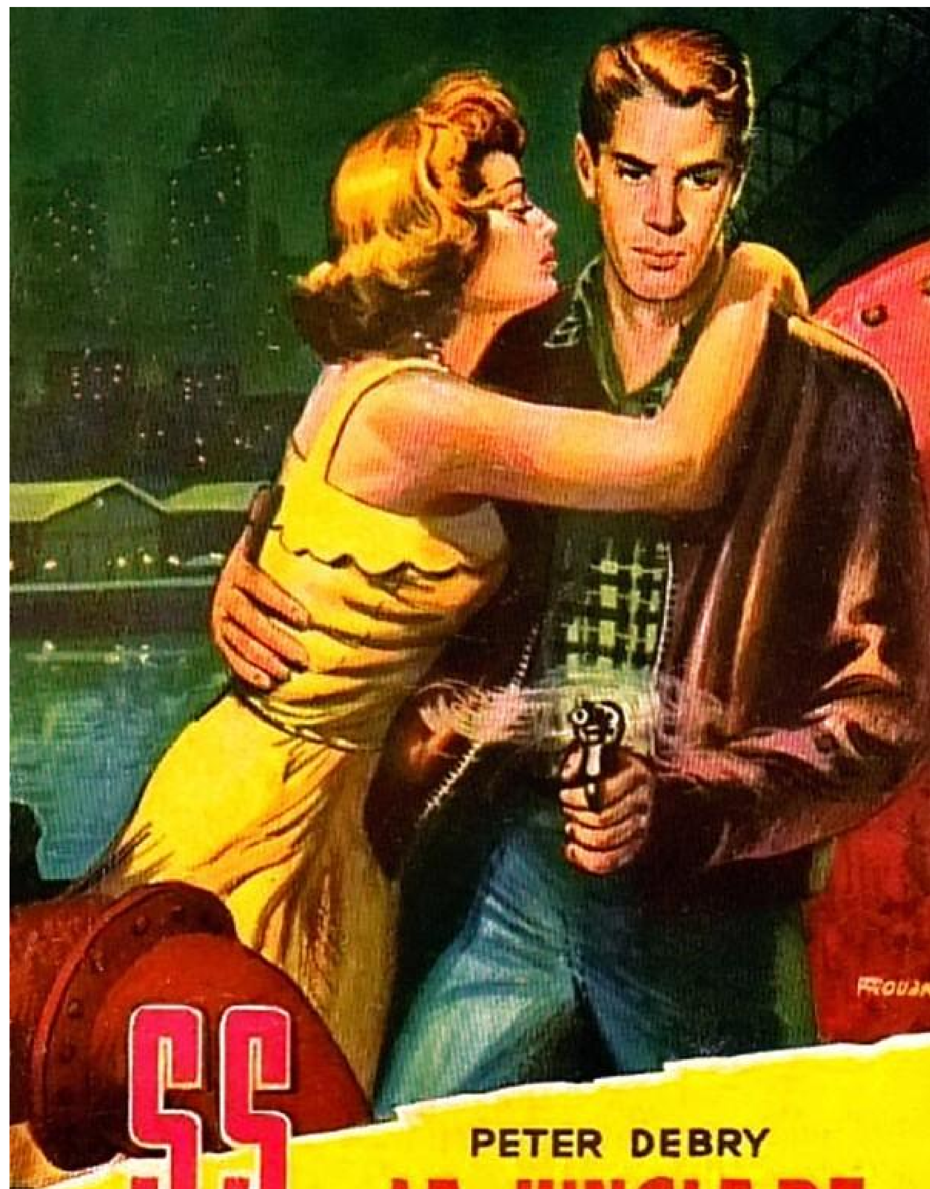


S.S.
SERVICIO SECRETO

PETER DEBRY

LA JUNGLA DE LOS MUELLES

La jungla de los muelles

PETER DEBRY

1.ª EDICIÓN ABRIL - 1957



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Barcelona — Buenos Aires

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2. - Barcelona

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
469. — La guerrilla de los tejanos.
479. — Hombres marcados.
En Colección SERVICIO SECRETO:
340. — El *gang* de las actrices
342. — Los detectives mueren jóvenes.
345. — Bajo la piel del lobo.
En Colección BUFALO:
172. — Río turbulento.
130. — Vaquero y detective.
En Colección PANTERA:
50. — Bajo la cruz del Sur.
52. — Un legionario investiga.
55. — Robin de las Antillas.
En Colección CONGO:
28. — Soplo da terror.
En Colección CALIFORNIA:
4. — El regreso del cobarde.
18. — Misión para un rebelde.
21. — Al extremo de la soga.
En Colección TEXAS:
45. — Los muertos no matan.

CAPÍTULO PRIMERO

Brent Barton bajó las escaleras del hotel portuario. El conserje le miró con disimulado interés, percibiendo el cambio en su atavío.

Una cazadora, pantalón azul y zapatones, substituían al traje bien cortado, zapatos de tafilete; y sombrero fieltro, con que había ingresado el nuevo huésped, media hora antes.

En él, el cambio de ropas no tenía nada particular, puesto que aquel hotel era para marinos y portuarios. Solo que ellos se mudaban a la inversa: venían con uniforme o ropa día trabajo y salían enfundados en traje de calle.

Apenas Brent Barton salió a la calle, el conserje descolgó el teléfono.

—Urgente con Nick Kester. De parte del conserje del “Harbor Nest”.

Aguardó unos instantes y oyó:

—El patrón no —está, pero da lo mismo. Soy Milo Samson.

Daba lo mismo, en efecto, pensó el conserje. Milo Samson era el segundo de Nick Kester.

—Acaba del inscribirse un nuevo huésped, Samson. Firmó como Albert Norton, pero le reconocí, aunque haya estado cinco años ausente de los muelles. ¿Sabes quién es?

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Es que me tomas por un *fakir*? Desembucha.

—Se inscribió como Albert Norton, pero es nada menos que Brent Barton.

El auricular le zumbó en el oído al conserje, transmitiendo el largo silbido del segundo de Nick Kester que, terminada su demostración de sorpresa, dijo:

—Va bien, Jackie. Te has ganado un hermoso papiro de veinte.

Brent Barton avanzaba a lo largo del muelle Sur hacia el puente que cruzaba uno de los ríos tributarios. La niebla envolvía los edificios, pero Barton conocía sobradamente aquellos parajes al Sur de Manhattan, y se dirigía rectamente hacia las oficinas Blochman Brothers.

Allí le darían noticias del paradero de Tom Coplan. Después de cinco años de ausencia, la idea de volver a ver a Tom Coplan le alegraba.

Había sido una extraña amistad. Él, recién llegado de un pueblo de Indiana, y el veterano marino que había visitado muchos puertos, para finalmente patronear un remolcador en el laberinto portuario neoyorkino.

Tom Coplan, día corta talla, membrudo y con la expresión ausente de un sabio profesor. Hablaba poco, pero cuando reconoció que Brent Barton le era simpático, empezó a darle consejos muy útiles.

Recordaba aún Barton la primera que Tom Coplan le gratificó con un

párrafo confidencial:

”—Si algún día embarcas, Brent, muchacho, tendrás que afianzar bien los pies. A veces te sentirás débil y asustado, entre una cuarentena de hombres del mar, con solo una delgada lámina, del acero entre vosotros y el mar revuelto. Y si no afianzas bien los pies, la tormenta y los marineros acabarán contigo. Los marineros son gente brutal, y que solo inclinan la cabeza ante Dios. Odian al hombre que se humilla. Recuérdalo siempre y no te arrodilles, o acabarán contigo.

Y aquel consejo le sirvió a Barton en sus primeros tiempos de marinero.

Aprendió otras muchas cosas. Aprendió cómo desaparecían fardos en la descarga, cómo operaban los contrabandistas de drogas…

Y también supo que había listas negras y leyes especiales para los muelles con ejecutores directos y expeditivos. Supo que el silencio era la principal condición para sobrevivir, y que aquel que quería enfrentarse con los varios grupos de expoliadores, topaba con la jungla de los muelles.

Bandas que operaban aplicando sus propias leyes, contando con la abstención de las compañías navieras.

Iba recordando Brent Barton aquellos ambientes, al entrar en el vestíbulo de las oficinas de la Blochman Brothers, uno de cuyos remolcadores patroneaba Tom Coplan.

Se dirigió al radiotelegrafista, que en aquellos instantes disfrutaba de una pausa de ocio.

—Hola, amigo. ¿Dónde puado encontrar a Tom Coplan?

—¿Tom Coplan?

—Hace cinco años mandaba un remolcador de esta Compañía. El número doce de la Blochman, y supongo seguirá mandándolo.

—No, ya no manda el remolcador doce, porque está muerto.

—¿Muerto?

Brent Barton experimentó la sensación de ser un maduro contra el cual embestía una ola en duro impacto, desflecándose en pequeños remolinos de angustia… y miedo.

—¿Cuándo murió? —preguntó, tras la pausa.

—Hará cosa de un mes. Si quiere más detalles, allí está la chica da Tom Coplan.

El radiotelegrafista señaló con su lápiz hacia otro despacho, sobre el que una pantalla iluminaba a una muchacha cuyos reflexivos ojos azules estaban fijos en Brent Barton desde que entró.

Barton se dirigió lentamente hacia el otro despacho. Y mirando con asombro a Gail Coplan, murmuró:

—¿Tú eres Gail, aquella chiquilla?

—Soy Gail.

—Has crecido mucho, chiquilla.

—Suele ocurrir así. Pasan los años y se crece.

Hablaba ella con sequedad. Brent Barton trató de justificarse:

—He estado viajando. Probando suerte en varios empleos.

—Mi padre pensaba que un día u otro volverlas. Te echaba mucho de menos, Brent Barton. Y ahora… ya es tarde.

—Yo siempre quería venir a echar unos párrafos con Tom, pero unas voces por una— cosa, y otras veces porque el trabajo… Lo siento, Gail.

—Ya es tarde, Brent Barton.

Ella hablaba como la hija de un marinero, acostumbrada a largas soledades, largas ausencias y a valerse por sí misma.

—¿Qué pasó, Gail?

—La versión oficial es que mi padre había bebido demasiado y que tropezó en la pasarela, cayendo al agua y ahogándose.

Gail Coplan rebosaba de desprecio al repetir la “versión oficial” y Brent Barton, mirando en torno, requirió, en voz baja:

—Tú puedes explicarme cómo murió Tom Coplan.

Levantándose, dijo ella:

—Tengo derecho a tomar un café de vez en cuando. Vamos, Brent.

Caminando en silencio, por entre la niebla, hacia la próxima cantina, recordó Barton la primera vez que había visto a Gail. Seis años antes…

Él estaba encalleciéndose las manos descargando fardos en una barcaza. Terminada la descarga, se dirigió al torno de cables que enlazaban con el remolcador doce de la Blochman.

Y vio entonces en el puente del remolcador, una figura juvenil que, saltando con agilidad, vino a ayudarle. Creyó que era un muchacho, porque llevaba cazadora y pantalones de faena.

Él había fallado al lanzar el cable de sujeción, y aquel muchacho desconocido lanzó otro cable con precisión, pero a la vez, inundándole de improperios.

Él se había limitado a sonreír, porque pensaba que era absurdo pelear con aquel muchachillo. Que luego, a bordo del remolcador, supo que era la hija de Tom Coplan.

Una chiquilla rebelde, arisca, que solo tenía femineidad cuando oía a Tom Coplan, al que adoraba como un salvaje a su fetiche.

Y ahora… seis años después, Brent Barton veía a una mujercita esbelta, de rostro aniñado pero firmes facciones, feminizadas por el carmín de labios.

Al sentarse en uno de los compartimientos de la cantina y pedir café, añadió Barton:

—O sea, que ya eres una mujer, Gail.

Encogiendo los hombros, afirmó ella:

—Los hombres me miran ya de un modo distinto. O sea que ya debo ser una mujer.

—¿Solo por eso, Gail?

—No empieces a filosofar, Brent. Tú y papá os pasabais horas discutiendo sobre el alma humana, la situación internacional y otras muchas cosas, Pero esto son materias áridas para mí. No intento comprender aquello que no me roza de cerca. Sé que en el mundo existen cosas buenas y cosas malas.

—Háblame de Tom.

Ella empezó a hablar con precisión, casi impersonalmente. Tom Coplan había estado bregando todo el día con otros marinos en la lucha contra un temporal en el East River, que lea tuvo atareados hasta anochecido.

Al día siguiente, el cuerpo de Tom Coplan había sido extraído del agua, aprisionado entre dos barcazas de remolque.

Y hubo un testigo que había visto hacia la medianoche! salir a Tom Coplan del Bar Timonel, embriagado. La teoría policial era que; dirigiéndose a su remolcador y pasando por las barcazas para acortar la distancia, Tom Coplan, creyendo atirantar bien los cables de unión, había dado un paso en falso, cayendo al agua.

—¿Y tú lo creíste posible, Gail?

—No creí una sola palabra. Primero porque mi padre nunca se embriagó.

Molesto, rebatió Barton:

—Le vi yo mismo bastante en uvas cuando cobraba su semanal.

—¡Un par de veces por año! Además, aquella noche no era fecha de cobros. No tenía un centavo.

—Pudo conseguir algún dinero extra, haciendo una carga libre.

—Te consta sobradamente que mi padre no aceptaba cargas que no fueran de su compañía.

—¿Quién es el testigo que afirmó verle embriagado?

—Fox Hilton. Una rata. Uno de los esbirros de Curt Lacey.

Curt Lacey era el presidente de la Unión de los Portuarios del Muelle Sur. Presidente votado a perpetuidad. Un hombre temido y odiado.

Era muy posible que Curt Lacey diese orden de matar a un hombre. Pero, ¿qué podía temer de un filósofo tranquilo como Tom Coplan?

—No digo que Lacey tenga nada que ver con la muerte de mi padre —comentó ella, como si estuviera leyendo los pensamientos de Barton—. Digo tan solo que Fox Hilton para mí es una rata capaz de jurar en falso sin darle la menor importancia.

Con grave expresión, fruncido el entrecejo, aspiró ella aire, antes de añadir:

—Hay más. Mi padre no llevaba sus lentes. Fui a recoger sus cosas, después del funeral, y encontré sus lentes metidos en el pequeño bolsillo que el mismo se había fabricado, entre un estante y el panel, y tú sabes que Tom Coplan no daba nunca un paso sin los lentes. Era lo primero que se colocaba al despertar, y lo último que se quitaba al acostarse.

Y con un bufido de gatita furiosa, completó:

—¡Y quieren hacerme crear que Tom Coplan, en noche tormentosa, iba a saltar por las barcazas sin sus lentes!

—Entonces, tú piensas que alguien subió a su remolcador, entró en su camarote, lo sorprendió durmiendo, único momento en que Tom no llevaba sus lentes y lo echó al agua. ¿Lo dijiste así a la policía?

—Estuviste bastante tiempo por este mutile, para saber que la policía no quiere complicaciones. Dieron carpetazo al expediente, declarando a Tom Coplan muerto accidentalmente, y en horas fuera de servicio. A todos ellos, ¿qué les importa que un viejo patrón se ahogara en accidente?

Humedecidas las pupilas, contraída la garganta y dominando las lágrimas que pugnaban por brotar, añadió ella, lentamente:

—A mí sí que me importó… mucho.

Avanzó Barton la diestra, cubriendo la da ella:

—También a mí, Gail.

Animada repentinamente, sonrió ella.

—¿Vas a ayudarme, Brent? ¿Me ayudarás a encontrar el asesino?

Retirando su diestra, encendió Barton un cigarrillo, Exhaló una bocanada, antes de replicar:

—Tengo entre cejas un trabajo complicado, Gail, que me absorberá los próximos días.

—Bien, está bien —silabeó ella, secamente.

—No está bien, pero tampoco es sencillo decidir así como así, Gail. Todavía no sé por dónde empezar mi propio trabajo.

—¿Para qué has vuelto a los muelles, Brent Barton?

—Por el trabajo de que te hablo. Me ha contratado Raymond Stone.

—¿Y quién es ese?

—¡Demonios, pequeña! ¿No has oído hablar del famoso Raymond Stone? Es el dueño de la importante revista “Hechos y verdades”, y me contrató un reportaje en seis episodios, acerca de la existencia interna de los muelles. Durante mi ausencia, probé sueltes en reportajes y conseguí alguno pasable. Por esto me contrató Raymond Stone.

—Ya, ya —sonrió ella, ácidamente—. Reportajes mojando la pluma en agua de rositas y miel. Presentando a los portuarios como seres románticos y a los navieros como filántropos.

—Gail, Gail, chiquilla —recriminó Barton—. Todo no era de color negro. Y a veces existen caballeros como Raymond Stone que desean publicar las verdades, con valentía.

—¿Ahora es Raymond Stone tu nuevo ídolo? Recuerdo que hace años, tu ídolo era Nick Kester.

Pensó Barton que aquella chiquilla sabía cómo asestar el alfilerazo doloroso. Añadía ella, agriamente:

—No le gustará a Nick Kester enterarse que rondas por los muelles.

—Cosa que a ti no te importa.

—¿Le darás la misma respuesta a Nick Kester? ¿Sabes lo que yo opino de tu reportaje? Te interesaba el dinero ofrecido por ese capitoste llamado Stone y no podías rechazarle la oferta, puesto que él sabía que tú tenías experiencia portuaria. Pero él no sabe lo que te consta. Que apenas empieces a hurgar, Nick Kester te liquidará. Y por lo tanto, intentarás poner en evidencia a Curt Lacey, sabiendo que este prefiere antes que recurrir a la violencia como Kester, comprar el silencio. O tal vez, para no exponerte a que te rompan los huesos, te pasarás un par de semanas leyendo en un hotel del muelle, inventando cosas poco comprometedoras y cobrarás del capitoste Stone sin riesgos.

—Eres muy lista, Gail. ¡Lástima que tu lengüita sea tan venenosa!

—Mi padre me enseñó a decir las verdades, y afrontar las realidades cara a cara.

—Pero nunca te enseñó a acusar tan fácilmente a un hombre, sin antes saber lo que se propone hacer ni cómo actuará. Espera un poco antes de juzgar.

—He esperado cinco años —rebatió ella, secamente—. Tú, el gran amigo de Tom Coplan, te fuiste un buen día sin despedirte, y cinco años después reapareces. Tarde, muy tarde ya, Brent Barton.

Y levantándose, epilogó ella:

—Que tengas suerte en tu nuevo trabajo. Adiós. Brent Barton iba a decir algo, pero no hallaba palabras. Ella se alejó con paso firme, de mujercita prematuramente envejecida.

Pasados unos minutos, salió Barton a la calle. Recordaba cuando Nick Kester había sido "su ídolo". Cuando lo creyó un luchador, oponiéndose a cualquier injusticia.

Como un cruzado, erigiéndose en rival de Curt Lacey, el único tirano de los muelles Sur. Y después, la desilusión, la riña con Nick Kester.

Entró en un bar, porque la niebla le; estaba dando sed. Y terminaba del saborear el doble de *whisky*, cuando a su lado alguien saludó:

—Hola, Brent Barton.

Se ladeó para examinar al que le saludaba. Un hombre aproximadamente de su talla, pero con más músculos. De nariz rota y ladeada. Milo Samson.

—Hola, Samson.

A dos pasos de Milo Samson estaba un hombrecillo rechoncho, de ojos saltones y tristes, vestido de negro, con camisa de rayas negras y amarillas, una corbata vistosa y labios esbozando una sádica sonrisa.

—Hola, Duval.

Earl Duval se limitó a pulirse las uñas con el revés de la solapa.

—Parece que has vuelto a los muelles, ¿eh? —insinuó Samson.

—Eso parece.

Aparentemente, nada delataba en Brent Barton el cosquilleo del miedo en su estómago. Casi prefería al bestial Samson, al escurridizo cuchillero que era Duval.

—Estoy todo sorprendido, sí, todo sorprendido —afirmó Samson.

—Noventa kilos da sorpresa, es mucha sorpresa —intentó bromear Barton.

—Nick quiere verte.

Había llegado el momento en que tenía que aplicar los consejos de Tom Coplan. Nada de demostrar el pánico, nada de humilde servilismo.

—Esperad a que acabe de tomarme otro trago, ¿estamos?

Asintió Milo Samson, y un minuto después, abandonaba el bar, escoltado por el segundo y el “ejecutor” privado al servicio de Nick Kester.

CAPÍTULO II

Al este de los hangares de Aduanas, se extendía el barrio portuario, caserones sucios por los años de descuido de sus despreocupados moradores.

Barton y sus dos escoltas entraron en el zaguán de uno de aquellos caserones. Desdeñando el anticuado ascensor, subieron las escaleras de madera hasta el primer piso.

Las oficinas de Nick Kester estaban al final de un largo corredor iluminado por una sola bombilla suspendida en lo alto. Los muros grises absorbían la escasa luz, produciendo la impresión de que aquel corredor era un túnel bajo el mar.

Anduvieron los tres en fila india: primero Earl Duval, de pasos ligeros y escurridizos, después Barton, pisando aplomadamente, y por último Milo Samson, resoplando por costumbre.

En la antesala no había nadie tras el mostrador. Entraron en un reducido despacho, donde tras la mesa, una mujer de lozana esplendida les dedicó una amable sonrisa.

—Vaya, por fin le encontrasteis —dijo gravemente.

—Ya lo estás viendo —afirmó Samson.

—Hola, Brent Barton —saludó ella con entonación burlona.

—¿Qué tal, Madge?

Madge Lowe señaló con la cabeza hacia la puerta cerrada tras su despacho:

—Nick está esperándote.

Se dirigió Barton hacia la puerta, y de pronto se detuvo, recordando la rutina. Madge Lowe habló por el dictáfono:

—Nick, aquí esta Brent Barton.

La puerta produjo un zumbido al irse abriendo en corredera que funcionaba eléctricamente, accionada desde el interior al presionar un botón en la mesa.

Brent Barton ayudó el deslizar de la pesada puerta, empujando al entrar. Y durante un largo instante, ambos hombres se escrutaron en silencio, pensando en aquellos cinco años sin verse. No había cambios en Nick Kester. Seguía teniendo aspecto pétreo.

Una hombría dando la inmediata sensación de fuerza en reposo, sin una onza de grasa. Sus desnudos antebrazos estaban surcados por duros tendones. Sus muñecas y nudillos tenían desmesurada anchura, y los callosos dedos tenían tendencia a curvare; como si no pudieran olvidar el roce de cables y garfios de carga.

Su negro cabello crespo apretaba como un casco la estrecha frente, y el huesudo rostro de anchos pómulos y corta nariz, solía tener una expresión de disgusto, aunque sonrieran los claros ojos azules.

Llevaba cigarros habanos en el bolsillo de su despechugada camisa de franela. Sacó uno y lo encendió lentamente.

Su evidente intención de no invitar al visitante, decía bien a las claras que ya no eran amigos.

—¿Qué estás haciendo por estos muelles, Barton? —preguntó con voz sin matices—. Te eché una vez... sin violencias. No puedes esperar que la segunda vez te salga tan... sin complicaciones, supongo.

—Nada espero ni supongo.

—No te gustaban mis métodos, y lo aclaramos hace cinco años. Ahora aclárame tú por qué has vuelto a estos muelles.

—Conseguí un trabajo, como reportero para la revista "Hechos y Verdades", de Raymond Stone.

Los claros ojos se hicieron más densos, metálicos.

—¿El ricacho ese de las revistas para tontainas? ¿Qué quiere él que tú escribas?

—Generalidades sobre los muelles.

—¿Quién le paga a Stone? ¿Las navieras o la Liga de Comadres Aburridas?

—Quisiera que lo comprendieses, Nick. Nadie soborna a Raymond Stone. Él es rico y publica reportajes honestos, ecuánimes...

—¿Cuál es la postura de este tipo?

—No es como en los muelles, Nick. Stone no tiene ningún partidismo ni ninguna postura preconcebida. Me indicó que me limitase a los "hechos", a las realidades.

—Ya... ¿Y cuál es tu postura, sabihondo?

Brent Barton extendió las manos hacia arriba, en gesto que quería fuese persuasivo:

—No tengo ninguna postura, si por ello entiendes, tener un favoritismo o un rencor. Yo no escogí esta serie de reportajes. Estaba buscando trabajo, porque siempre estoy cesante por una causa u otra. Durante cinco años he realizado varias funciones, desde vendedor de radios para coches, hasta corrector de pruebas. No he estado por estos muelles desde hace cinco años, y por lo tanto no tengo ningún plan preconcebido.

Agitó Kester el habano:

—Ya que no tiene ni idea de lo que está pasando, yo te lo explicaré. Después de ocho años de romperme los lomos, estoy próximo a barrer a Curt Lacey y su pandilla. He conseguido por fin la fuerza, la mayoría y la sumisión de toda la charca. Y no quiero a ningún moscardón por mí charca.

Brent Barton no contestó. Los músculos de Kester parecieron relajarse

mientras la escrutaba entornados los párpados, por entre: bocanadas de aromático humo. Dijo por fin Kester, meditativo:

—Hace tiempo llegué a apreciarte, Brent, y fue mi error. Siempre presentí que acabaría por echarte de mí charca. Tú no fuiste nunca ni un marino de verdad ni un portuario, porque siempre estabas pensando y acabaste por ser un sentimental idealista. No eres blando y tienes agallas, pero dentro de ti hay algo delicado, sentimentaloide.

—Lo que quieres dar a entender, es que yo pensaba que tú eras un hombre que nunca se equivocaba, y cuando te reproché ciertos métodos, decidiste que yo sobraba por estos muelles.

—Puede ser… La cuestión es que nos conocimos, Barton, y no voy a consentir que un "manchapapeles" ande fisgoneando por mí charca.

—¿Y después qué más, Nick? ¿Es solo un aviso, o me azuzarás a Duval?

Barton intentó dar a su voz una entonación sarcástica, pero en su garganta raspó la ronquera.

—Por ahora tengo una idea diferente, Barton. Puedes rondar la charca y escribir tu reportaje, pero… ¡contra Curt Lacey! Saca a relucir todo lo que puedas contra ese condenado bandido. Publica todos sus tapujos. Proclama que es un comprador de almas, un tipo que todo lo soluciona con sobornos. Destapa la cloaca en que te mueve el elegantísimo Lacey… Haz que se entere toda la nación, pero, Brent…

Y Nick Kester bajó la voz, adelantando el ancho torso, clavando sus ojos en el visitante:

—… Si te asomas por mí charca, si pisas uno solo de mis barcos, o intentas sonsacarle a uno solo de mis patrulleros… vete rezando tu propio funeral. Y no te enviaré a Duval, no… Iré yo mismo a triturarte. Puedes irte, Brent Barton.

Dio Kester un manotazo sobre el ancho botón de resortes eléctricos, que abría su puerta. Brent Barton estaba ya cerca del umbral cuando volvió el rostro:

—Asesinaron a Tom Coplan.

—Lo oí rumorear.

—Ha evitado pensando por qué mataron a Tom Coplan.

—Te he dicho bien claro que no te quiero de preguntón por mí charca. Conque, abur. Brent Barton abandonó el despacho principal. Madge Lowe ya no estaba en su mesa. Y Samson con Duval verificaron una maniobra envolvente, destinada a cerrarle el paso.

—¡Vía libre! —ordenó Nick Kester.

Milo Samson se apartó, impasible, resoplando. Pero en la redonda faz de Earl Duval hubo una expresión de profunda desilusión.

En la calle neblinosa, Brent Barton aspiró con fruición el húmedo aire. Buscó por sus bolsillos, un cigarrillo.

Una silueta se destacó de las sombras, diciendo:

—Toma uno de los míos.

—Gracias, Madge.

Cogió un “Chesterfield” del paquete que presentaba la secretaria de Nick Kester, y ahuecó las manos para ofrecerle fuego.

—¿Y ahora qué, Brent? —sonrió ella.

—Creo que voy a beber unas copas. Las necesito.

—Puedes invitarme.

—No creo que te resulte buena compañía, Madge.

—Probaremos —y acompasó ella su paso a la nerviosa zancada de Barton—. Y ahora que me acuerdo, tengo en mi piso un frasco de Scotch sin estrenar. Vamos allá.

—¿Te lo sugirió Nick?

Rio ella, sin alegría:

—Nick es una máquina, y no entiende de sutilezas de este orden. Nunca se le ocurriría a él emplearme como cubo. No, Brent, invitarte ha sido una idea mía, personal y sincera.

—¿Por qué?

—Porque te noto asuntado y con razón, Brent. Sé que eres valiente, pero como tú tampoco lo ignoras, es peligroso meterse en una charca de la que el jefe de las ranas te expulsó. He pensado que te gustaría charlar, y que, posiblemente, no encontrarías con quién.

—De pronto, mía estás resultando muy nobles y amistosa, Madge.

—Ni nobleza ni amistad, Brent. Siempre me gustaste, ¿está claro?

Se le ocurrió a Barton repentinamente, que también ella le había gustado siempre. Y qué, hubo momentos, años antes, en que tuvo que recurrir a toda su lealtad hacia Nick Kester, para no pensar en su secretaria como lo que era.

Una espléndida mujer. A la que siguió detallando con placer, mientras entraba ella en su piso: una sola habitación con una cocinilla en una esquina, y un diminuto baño velado por una cortina.

Ahora comprendía el exacto sentido del término “voluptuosidad”, viendo a Madge Lowe sacar el frasco de *whisky* de un estante. Una línea muy distinta a la angulosa de los figurines.

Una mujer que hubiera estado de moda allá por el año 20. Cintura estrechísima, destacando más las ampulosidades. Una figura rebosante de plácida gracia.

Posiblemente al transcurso de otros cinco años, sería una mujer gruesa. Pero ahora Madge Lowe era una real hembra, como decían los portuarios.

—¿Qué tiempo llevas viviendo aquí? —preguntó por decir algo.

—Años, lustros, décadas, siglos… Nunca me preocupé de conseguir un piso en condiciones, porque siempre pensé que mí trabajo con Nick no duraría tanto tiempo. Y aún hoy en día, sigo pensando que la próxima semana, el mes próximo, todo estallará y me hallaré sin trabajo.

—¿Por qué trabajas con Nick?

—Por noventa dólares semanales.

—Podrías ganarte lo mismo en la ciudad.

—Lo dudo. Y, además, sería menos emocionante.

Le tendió ella el vaso con hilo picado y el licor ambarino, sentándose no muy cerca. Pensó Barton que Madge era una buena chica, lozana, y exhalando una agradable fragancia muy femenina.

—A tu salud, Brent.

—A la nuestra, Madge.

Bebiendo, meditó en cuál podía ser el motivo que impulsaba a Madge a invitarle, cuando en todo el tiempo en que él trabajó para Nick Kester, ni siquiera ella le acompañó a un café cualquiera.

Es una pena, Brent. Siempre te complicas la existencia. Siempre buscas sombras contra las que pelear. Algo así como si fueras un caballero de esos que salían en los torneos.

—Si así fuera, ¿es malo?

—No es malo, sino simplemente tonto. En el Siglo XX, no hay mucho sitio para los idealistas, y menos en los muelles. Sigue el aviso que te dio Nick. Concéntrate en Curt Lacey tan solo.

La miró sorprendido:

—¿Es que nos oíste?

—¿Oír? ¡Lo registré! Nick se gasta un dineral en cintas magnetofónicas. Si él dice algo imprudente siempre se puede borrar de la cinta, pero queda grabado lo que el otro dice. Muy útil.

—En efecto, muy útil.

—Estás asustado, Brent.

—Creo que sí.

—Lo confiesas valientemente. En la vida, todos estamos asustados da algo. Pero pocos son los que están dispuestos a suicidarse para demostrar que son valientes.

—¿Y es lo que crees que voy a hacer, Madge?

—Si rondas la charca de Nick, sí.

—Me pagan para un reportaje.

—¡Hazlo! Describe a Lacey desde que desayuna hasta que se quita la dentadura postiza para hundirse entre las sábanas, y soñar pesadillas. ¿Hay algo en tu contrato que te exija hurgar en la lata de basuras en torno a la oficina de Nick?

—No…

—Te has conseguido un buen trabajo pagado en la ciudad. Puedes lograrte un éxito con tus reportajes. Juega la baraja al estilo de los de la ciudad, sin rudezas ni violencias.

Allá se dan zancadillas y codazos, pero se pide perdón. Aquí, lo sabes… Matan.

—¿Cómo mataron a Tom Coplan?

—Tom Coplan murió ahogado, y si puede servirte de algo, aparta por completo el pensamiento de que en la muerte de—. Coplan tuviera nada que ver Nick.

—¿Cómo puedes estar tan segura? A su modo, Tom Coplan era un pensador y Nick Kester no quiere pensadores, porque dice que son un peligro.

—Pero Nick no considera peligroso a uno, dos, o seis pensadores, mientras no se organicen en una unión. Y Tom Coplan estaba solo.

—Fox Hilton fue el único y principal testigo en la encuesta.

—¿Y crees entonces que la pista a través de Hilton conduce a Curt Lacey?

—¿A quién sino? Tal vez Tom Coplan se vio envuelto contra su voluntad en algún contrabando fuerte. O supo algo peligroso para el grupo de Lacey. De todos modos, Fox Hilton es tu primera pista, Brent.

—¿Por qué me demuestras tanto interés repentinamente, Madge?

—No es repentino, Brent. También antes me gustabas, pero entonces eras amigo de Nick. Hoy… eres un pájaro solitario.

Y riendo, añadió Madge Lowe:

—Tienes perfil de aguilucho, Brent, y me temo que te mellarás el pico…

Él la atrajo, y al besarla, pensó que de momento quedaban lejos los muelles, sus nieblas, y su jungla humana.

CAPÍTULO III

A la noche siguiente, Brent Barton entraba en el Bar Timonel, un local situado en la planta baja del edificio donde Curt Lacey tenía sus oficinas.

Había ya enviado un reportaje como preámbulo, a Raymond Stone, exponiendo sus teorías sobre la muerte de Tom Coplan y anunciando que antes de pasar a la publicación, quería interrogar a Fox Hilton y ver si podía sacar algo en claro.

Pero había perdido todo el día tratando en vano de localizar a Fox Hilton. Por esto acudía al "Bar Timonel", lugar preferente de asistencia para los adictos al grupo dirigido por Curt Lacey.

El dueño del bar era un hombre macizo, con aspecto embrutecido. Escanció a Barton la cerveza pedida, y volvió a su faena de ir sacando vasos.

Había una media docena de concurrentes, bebiendo con silenciosa concentración estólida.

—¿Ha estado por aquí Fox? —preguntó Barton al dueño del bar.

—¿Fox y qué más?

—Fox Hilton.

—No lo he visto.

—¿Está embarcado o trabaja en tierra?

—No lo sé —gruñó el poco expansivo contertulio.

Brent Barton decidió zambullirse:

—Necesito preguntarle algo referentes a Tom Coplan. El vio a Coplan por aquí la noche en que murió, y quiero preguntarle algo.

El dueño del bar alzó los hombros, pero sus ojos tuvieron un destello de expresión humana. Y poco después, abandonaba los vasos, para dirigirse al teléfono.

Cerró la puerta de la cabina, y tardó poco en volver a sus vasos, sin mirar a Barton. Pero este sabía ya que la breve comunicación telefónica, tenía relación con su persona.

Las ruedas empezaban a girar, y el engranaje estaba en marcha. Ahora, solo la quedaba esperar.

Cinco minutos después un hombre corpulento, bien vestido, con aspecto de negociante próspero, entraba en el bar. Barton siguió mirando su vaso de cerveza.

El recién llegado apoyó la diestra de uñas manicuradas en la barra y saludó:

—Bienvenido, Barton.

—Buenas noches, Lacey.

El transcurso del tiempo había maltratado a Curt Lacey. O tal vez, Curt Lacey se trataba demasiado bien: buen *whisky*, menús de gastrónomo, y demasiadas mujeres.

Rondando los cincuenta, Curt Lacey aparentaba sesenta y cinco. Los baños turcos y los masajes no podían ocultar las huellas de la disipación. Sus pequeños y astutos ojos aparecían hundidos en carne fofa, arrugada. Sus labios descoloridos, babeaban el apagado habano. Sonrió mostrando la hilera de dientes postizos.

—Hace mucho tiempo que no se le veía por aquí, Barton.

—Años.

—¿Me permite invitarla?

Y sin esperar la respuesta, pidió Lacey dos whiskies. Tiró el habano, bebió, y secándose los labios con el dorso de la mano en que brillaba un grueso diamante, murmuró amablemente:

—¿Ha vuelto para trabajar con Kester?

—¿Qué le hace suponer tal posibilidad?

—Anoche fue a visitarle.

—Las noticias circulan a cien por hora.

—Siempre fue así por estos muelles, Barton.

Posiblemente tendría un par de espías asalariados, sobornador entre los que estaban con Nick Kester. Del mismo modo que este, tenía a un par de espías infiltrados en el grupo de Lacey.

—Hágame caso, muchacho —dijo Lacey, afectuosamente, colocando su diestra sobre el antebrazo da Barton —.Yo tengo la sartén por el mango, y pronto echaré de los muelles a Kester y su pandilla.

—Algo así me dijo Mick que haría con usted y su banda.

—Fanfarronea, pero yo no. Y volver a trabajar para Kester sería un error comercial, Barton, porque pronto lo hundiré.

—No voy a trabajar para Nick Kester. Él y yo no tenemos el mismo punto de vista.

—Siempre creí que era usted un muchacho inteligente, Brent. Otra ronda de lo mismo, Gollenz. ¿Le gustaría trabajar para mí, Brent? Me convendría algo así… como un secretario que pudiera escribirme de vez en cuando un discurso. Total, un par de horas por semana de trabajo. ¿Cuánto le pagaba Kester?

—Ciento veinticinco semanales.

—Doblo. Le pago doscientos cincuenta semanales.

Y podemos suprimir el horario y el trabajo. Solo necesito tenerle a mí lado. No me conteste ahora. Piénselo un par de días, ¿eh?

—Lo pensaré.

—¡Muy bien, muchacho! Venga a verme tan pronto esté dispuesto a figurar en la nómina y a cobrar la primera semana anticipada. He sido joven y sé que siempre salen gastos. Cóbrate, Gollenz. Guarda el cambio.

Dio una palmada en el hombro de Barton y como quien recuerda de pronto algo, dijo:

—He oído comentar que anda usted preguntando por Fox Hilton. ¿Qué le quiere?

—Solo charlar con él acerca de Tom Coplan.

—¿De qué concretamente?

—Hilton dijo que Coplan estaba borracho aquella noche que murió. Y yo tengo la idea de que Hilton miente. Me pregunto por qué miente.

—La policía quedó satisfecha. ¿Usted no, muchacho?

—Tom Coplan fue mi amigo.

—Removiendo su muerte, no le resucitará. Me sabría mal que se buscase líos, Barton, y es seguro que los encontrará si no va con cuidado. Es mejor que se dedique solo a pensar en mi oferta, Brent. Doscientos cincuenta semanales y todo su trabajo se reducirá a no hacer preguntas, ¿se da cuenta, muchacho? Hasta otra, Barton.

Y con un guiño que pretendía ser campechano, Curt Lacey abandonó el bar. Durante unos instantes, permaneció Barton aferrado a la barra.

Consiguió vencer su impulso de alcanzar en la calle a Lacey, colocarle una mano en toquecito sobre el hombro, esperar a que diera la media vuelta, plantificarle un directo en el estómago y un gancho en la barbilla.

Se fue repitiendo, mentalmente:

> “Está protegiendo a Fox Hilton. Sabe que Tom fue asesinado. Y él tuvo algo que ver… Juro que le sacaré la verdad aunque tenga que cortarle lonchas de grasa a punta de cuchillo… Lo juro. Pero todavía no… Lo echaría todo a perder por la brava. Procura por ahora emplear solo el seso, Brent”.

El espasmo de furia pasó, convirtiéndose en fría cólera. Hasta entonces había pensado que Gail Coplan podía estar equivocada, extraviada por su amor filial.

Ahora escribiría un reportaje incluyendo la oferta de soborno que acababa de hacerle Lacey. Sin duda, el serial de reportajes iba a empezar de manera candente.

—Parece como si le doliera el estómago —comentó alguien a su lado—. Es lo que pasa cuando se trata con ratas como Lacey.

Contempló Barton al que hablaba. Un individuo cuya delgadez era casi esquelética, de rostro sombrío, afilado. Vestía como los portuarios, pero no lograba parecerlo.

Sus largos dedos no tenían callosidades, y había una intensidad expresiva en sus facciones que denotaban al intelectual.

Eso era Lyle Wander. Un pensador, siempre disconforme, y al que se le consideraba en los muelles como un loco no peligroso, porque nadie hacía caso de sus extravagantes teorías.

—Hola, Wander.

Colocando un cigarrillo entra sus delgados labios, dijo Wander:

—Casi seguro que Lacey te ofreció un soborno.

—¿Un soborno para qué, Wander?

—Para que no te metas con Fox Hilton, para que olvides que Tom Coplan fue asesinado.

De nuevo encolerizado, Brent Barton crispó las manos en torno a la barra. Todo el mundo parecía enterado, todo el mundo parecía acecharle.

—No te enfurezcas, Brent, porque sé que tienes el corazón bien colocado y nunca harías tratos con una rata como Lacey.

—Gracias. ¿Algo más, Lyle?

—Tal vez te conviene charlar conmigo. ¿Qué tiempo has estado fuera? ¿Cuatro, cinco años? La: cosas han cambiado, Brent. Estás a punto de sumergirte en un pantano de aceite hirviendo.

—Es posible. ¿Y… qué sabes tú de la muerte de Tom Coplan?

—Lo asesinaron porque sabía algo referente a uno de los jefazos de los muelles.

—¿De cuál?

—Lo ignoro, porque echaron pronto barro sobre las huellas, y nadie se ocupó más de Tom… hasta que has aparecido. Y ahora empezarán a colocar trampas en tu camino.

—¿Lacey?

—Es uno de los mayores sinvergüenzas que existen. En concreto, ahora no tengo ninguna prueba para ayudarte, pero cuando tengas tiempo, ven a verme y charlaremos.

—Lo tendré en cuenta.

—Estoy en el “Hotel Seaman”. Hasta pronto, Brent.

Asintiendo, abandonó Barton el local, y mientras caminaba, experimentó una repentina sensación instintiva, de alerta, de miedo…

Se detuvo, mirando en torno, pero no percibió amenaza alguna. Un remolcador pasó lanzando su gimiente aviso, Reflejándose sus luces en las negras y turbias aguas.

Y apenas volvió a caminar, percibió lo que le había alertado. El eco de unos pasos sincronizados con los suyos. Apresuradamente, giró la primera esquina, y oyó los pasos en eco, apresurarse.

Estaba en un corto callejón y llegando a su final, se adosó a la pared que cerraba el paso. Desde las sombras escrutaba el rectángulo de luz formado por la amplia avenida y aquel callejón.

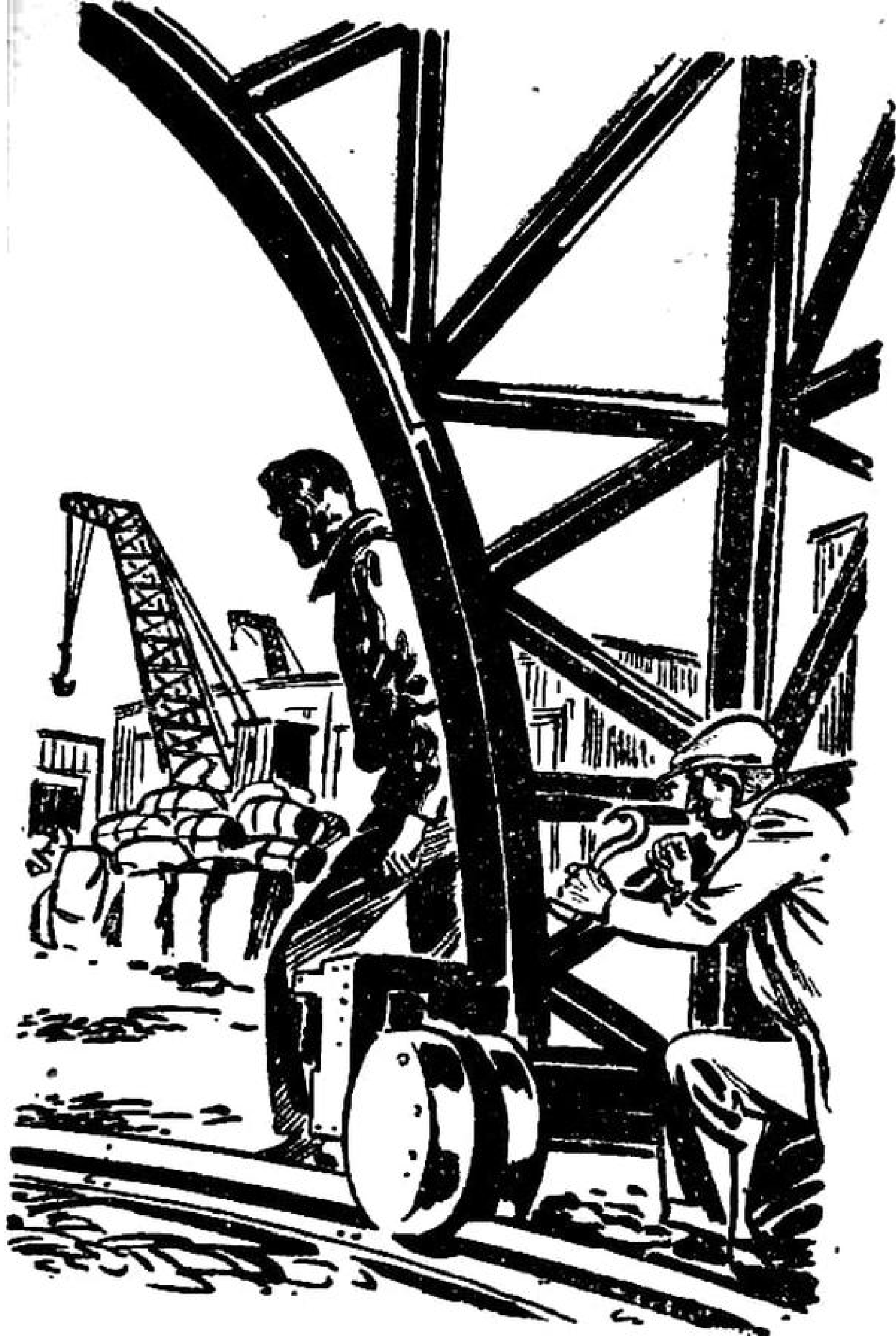
En el rectángulo luminoso se silueteó un hombre. Corpulento, ancho y de pesados movimientos. Encarándose con el callejón, se bamboleó y adelantó el rostro como si pretendiera hurgar en las sombras.

De un instante a otro, le vería, pensó Barton. Su única posibilidad estaba en atacarle por sorpresa.

Corriendo pegado a la pared, se abalanzó Barton asestando un puñetazo al pecho, y el desconocido retrocedió moviendo los brazos para recuperar el equilibrio.

Pero aún tambaleándose, colocó su puño en el rostro de Barton, que sintió repentinamente el sabor de su propia sangre.

Aquel matón alquilado, cubría sus nudillos con la manilla de hierro llamada “puño inglés”.



Como animales acosados en aquella jungla…

Brent Barton golpeó sañudamente a su contrincante, que además de demostrar gran costumbre de encajar, aplicaba golpes certeros. Un puñetazo en la nuca, hizo doblarse a Barton que volvió a incorporarse

contra su voluntad, al recibir en el estómago un duro rodillazo.

Un tercer golpe en la sien lo hizo caer, nublados los sentidos. Pero instintivamente se encogió para aminorar en lo posible los efectos de los puntapiés que presentía iban a seguir.

Tardó unos instantes en percibir que el desconocido pegador profesional había cesado de actuar. Arrodillado, sacudiendo la cabeza, fue oyendo las frases amenazadoras, murmuradas roncamente:

—Esto no es nada… Nada comparado con la próxima vez… Eres demasiado impopular por aquí.

Barton miró hacia arriba, tratando de identificar el rostro de antropoidea. Era un desconocido, aunque Barton conocía a los de su clase.

—¿De parte… de Curt Lacey?… —inquirió entrecortadamente.

—No te importa… Lárgate de los muelles… Ahora mismo… Después, será tarde… y morirás chillando misericordia.

Su agresor se alejó rápidamente. Instantes después, Barton entraba en una cantina, dirigiéndose al lavabo.

No suscitó mucha curiosidad. Un portuario sangrando después da una reyerta callejera, era un acontecimiento muy vulgar.

Mientras se aplicaba agua a las tumefacciones, pensaba Barton que era inútil acudir a la policía. No tenía pruebas suficientes para acusar a nadie, y además tenía que llevar todo aquel asunto, privadamente.

También por instinto, se encaminó hacia el domicilio de Coplan. Un barrio-colmena, de simétricas edificaciones, Encontró la casa, cuyo ascensor hacía años no funcionaba, y subió los cuatro peldaños que conducían al amplio zaguán.

Al fondo estaba la puerta de acero, en la que llamó. Había una mirilla, que se descorrió; al instante se abrió la puerta.

Gail Coplan, más menuda en su camisón de noche, contempló con ojos expertos el rostro tumefacto, como midiendo los daños…

—Adelante, Brent —invitó sin demostrar sorpresa.

Pasó a calentar agua, fue al cuarto de aseo, trajo alcohol y coloidal, toallas… Ninguno de los dos hablaba. Procedió ella a lavar, presionando con destreza, limpiando, desinfectando…

Mientras ella le curaba, iba pensando Barton en las reacciones de Madge Lowe. Maternal y cariñosamente apasionada.

Y Arline Hart, la secretaria de Raymond Stone, la mujer distinguida y eficiente, la que le había conseguido aquel serial de reportajes. Una mujer distinguida.

De magros cabellos recogidos en moño, grandes ojos grises inteligente, boca sensual, pese al moño da solterona. Veintiocho años vestidos severamente en sastres obscuros, que no lograban ocultar la magnificencia de un cuerpo venusino.

Arline Hart, viéndole aparecer en aquel estado, habría acudido al

teléfono para llamar a un cirujano.

Solo Gail Coplan era capaz de permanecer silenciosa, curándola con destreza, con aspavientos ni desplazada terneza.

Al taponar el frasco del antiséptico, comentó:

—Creo que ya estás en forma, Brent, Ahora un poco de cerveza fuerte.

Abrió la pequeña nevera y perforó las dos cápsulas metálicas. Bebió Barton al gollete con placer.

—¿Quién fue, Brent?

—Seguro que era un matón de Lacey. Me asaltó en un callejón. Un aviso.

—Entonces… es que estuviste preguntando acerca de la muerte de mi padre.

—Y Lacey me advirtió que me sucederían cosas si seguía preguntando.

—Por lo tanto, ya sabes que mi padre no murió accidentalmente. Ahora, ¿qué piensas hacer?

—Contaré la historia de Tom Coplan a la nación. Pero primero tengo que conseguir alguna prueba, y solo estamos tú y yo contra todos.

Hablando, experimentó Barton un sentimiento da ternura, hogareño, protector, hacia aquella muchachita decidida, sencilla. Y ella dijo:

—Me alegra que estés de nuevo en esta casa, Brent. Desde el cielo, Tom Coplan nos sonríe, Brent Barton.

Brent Barton, para ahuyentar su emoción, habló con brusquedad:

—Vamos a concretar lo que sepas cobre Tom. Y échate encima algo de ropa o vas a pillar un resfriado.

Rio ella infantilmente entrando en el cuarto de aseo, y salió ciñéndose un viejo albornoz.

Y de una cajita oculta en un hueco bajo la alfombra, sacó un papel crujiente:

—Yo pude hacer el horario de aquel día, de las últimas veinticuatro horas de mi padre.

Cogió Barton el papel, donde leyó mecanografiado:

> “Febrero, 20. Medianoche: Barcaza, doce, ancla vacía en el muelle de la Compañía Blochman.
>
> “4 madrugada: Barcaza doce, remolcada por “Rosalind-K” al muelle terminal de Jersey.
>
> “11 mañana: Barcaza doce, cargada con hortalizas, remolcada por “Nelly-B” hasta terminal East River.
>
> “1 tarde: Barcaza doce, descargada y remolcada por “Patsy-C” al muelle de seguridad SR.
>
> “3,30 tarde: Barcaza doce, remolcada por “Rosalind-Q” al muelle Blochman del Sur. Donde permanece anclada por la tormenta.
>
> “10 noche: (Según testimonio de Fox Hilton) Tom Coplan

abandona embriagado el “Bar Timonel”, dirigiéndose al muelle Sur”.

—Cuando el remolcador doce no funcionaba, mi padre patroneaba la barcaza doce.

Guardándose el horario, comentó Barton:

—Habla tú con los patronos de los tres remolcadores. Esta noche ya no puedo hacer nada. Mañana por la mañana tengo que enviar mis reportajes y después localizar al patrón del “Kosalind-K”, en aquel día.

Se dirigía a la puerta, y la alcanzaba ya, cuando Gail Coplan le basó la mejilla. Un gesto puramente fraternal en ella.

* * *

Al mediodía llegaba al terminal de Jersey, entrando en la casita del guardián del muelle. Un hombre viejo, de rostro momificado.

—Buenas días. Trato de concretar los desplazamientos de una barcaza de la Compañía Blochman.

—¿Y usted quién es? —pidió el guardián, sin apartar la vista del periódico.

—Periodista —y mostró Barton el carnet facilitado por Arline Hart, acreditándole en servicio para la Compañía Raymond Stone.

Doblando el periódico, el guardián estudió el carnet, y posando después sus ojillos en Barton, comentó:

—No tiene usted aspecto de periodista, sino de estibador.

—Lo fui. Y pasamos a lo que me interesa saber. Hace cosa de un mes, en la mañana del veintiuno de febrero, la barcaza doce “Blochman” estaba cargando en este muelle. Usted debió verla.

—¿Y espera que me acuerda de algo que pasó hace un mes?

—Usted tiene un registro.

—No los guardo. Van a parar cada día a la oficina principal. Y aunque los tuviera aquí, sería igual. Usted dice que la barcaza cargó aquí, y así lo tuve que registrar, pero, ¿qué puedo recordar acerca de la carga? Si fue usted estibador, sabrá que al cabo del día pasan por cada muelle docenas da barcaza. ¿Va uno a recordar algo de lo que pueda suceder? Usted mismo, ¿recuerda con exactitud lo que hacía el veintiuno de febrero?

—Yo solo esperaba que pudiese recordar... o que conociese a Tom Coplan.

—¿Tom Coplan? Claro que le conozco.

—¿Le habló aquella mañana?

—Claro que le hablé. Usted no me preguntó por Tom Coplan, sino por una barcaza. ¿Cómo iba yo a saber que era su barcaza? Este es el inconveniente con la juventud moderna. Dan más importancia a las máquinas que a los seres humanos.

—¿Está seguro que fue la mañana del veintiuno la última vez que habló

usted con Tom?

—Seguro. Sin necesidad del registro. Eran cerca de las diez, y hacia ya meses que no había visto a Tom. Suele funcionar por otros muelles. Y desde entonces, ahora que recuerdo, no lo he vuelto a ver.

—Ni volverá. Está muerto.

—¿Muerto? —Y atónito, repitió el guardián—. ¿Muerto?

—Dicen que cayó por la borda mientras acortaba cables durante la tormenta.

—¿Tom Coplan cayendo por la borda? ¡Y un cuerno! Tom Coplan tenía en sus botas la misma seguridad que un gato sobre un alero.

—¿De qué hablaren aquella mañana?

—Me invitó a subir a bordo para jugar una partida da damas. Le dije que no podía, porque estaba rondando el de aduanas.

—¿Qué aspecto tenía Tom? ¿Dijo algo extraño?

—Su aspecto de siempre, buen humor y frases raras da hombre que lee mucho. Me dijo que nada mejor que ser amo de sí mismo, como un patrón de remolcador y barcaza. Y nada más. Yo regresé a mí cuartucho, y cuantío hube almorzado pensé que podría ir a jugar a las damas con Tom porque ya se había ido el condenado aduanas. Pero Tom ya no estaba. Nunca he vuelto a verlo… y ya no lo veré más. No somos nada, joven.

Brent Barton se despidió y, embarcándose en el *ferry-boat*{1}, contempló el eterno panorama portuario.

Pero aquel día el agua parecía limpia, hasta que pasó un remolcador. Un cocinero volcó por encima de la borda el cubo de la basura. Los desperdicios formaron una estela de inmundicia.

Era una escena muy corriente, pero molestó a Barton. El cocinero del remolcador se limitaba a cumplir con su deber, pero aquel gasto simbolizaba algo sucio, mancillando las aguas…

Poco después, desembarcaba en el muelle East River, dirigiéndose a la grúas de descarga.

Preguntó por el capataz.

—Henry Sax. Está ahora a bordo del bananero.

Ascendió Barton por la pasarela que conducía a bordo de la barcaza que descargaba fardos de plátanos procedentes de las Antillas.

No cabía dudas acerca de quién era el capataz principal. Estaba en el puente de toldilla, vigilando los movimientos de una grúa. Era un hombre que parecía da poca estatura, por la desmesurada anchura de sus espaldas. Una cabeza redonda, maciza, y un cuello de toro.

Deteniéndose a su lado, preguntó Barton:

—¿Henry Sax?

El capataz posó en él dos pupilas semejantes a dos guijarros plomizos:

—Sí. ¿Qué pasa?

—Intento concretar los desplazamientos de un amigo mío llamado Tom

Coplan. Era patrón de, remolcador y barcaza. Número doce Compañía Blochman. ¿Le conoce?

Alzó los hombros Sax, y el gesto pareció poner en peligro las costuras de su cazadora de cuero.

—Usted es el capataz principal de descarga, ¿no?

—¿Y qué?

—La barcaza doce fue anclada aquí para descargar hortalizas, hacia el mediodía del veintiuno de febrero último. Venia del terminal de Jersey. ¿Se acuerda?

—No.

—Pero usted es el capataz principal y lleva nota de todo.

—¿Sí? No llevo nota de lo que hace usted aquí.

Barton pensó que mentar que era periodista no haría más locuaz a Henry Sax. Podía decir que trabajaba para Curt Lacey, pero necesitaría pruebas. En los muelles Sur, solo se obtenían informaciones, si el preguntón estaba al servicio de uno de los jefazos.

Inconscientemente, declaró Barton:

—Soy amigo de Nick Kester.

El único cambio de expresión en Henry Sax fue entornar los párpados. Y solo aquel cambio, le convirtió en siniestro.

—Váyase al infierno —masculló—. No quiero a ningún esbirro de Kester rondando mi terreno.

—Tom Coplan fue asesinado, y quiero saber por qué.

Henry Sax crispó los puños y apartó un poco los pies:

—¿Se va por las buenas o le echo por la borda, compadre?

Brent Barton abandonó la barcaza.

CAPÍTULO IV

Dejando atrás los almacenes y hangares, Brent Barton se detuvo un instante para dejar pasar al aluvión de camiones. Un hombre se detuvo también a su lado.

—Tengo una información para usted —dijo en voz baja.

Un hombre flaco, de manos deformadas por las tareas portuarias. Con un rostro huesudo, receloso, y una expresión especial alentando en los negros ojos.

La expresión que podía definirle era miedo, pensó Barton.

—Vayamos donde, podamos hablar —urgió el desconocido.

Señaló Barton una cantina al otro lado de la avenida, pero el desconocido denegó con la cabeza:

—Me conocen allí. No quiero que me vean hablando con usted. Le espero en Tower, junto al puente.

Le siguió Barton y llegaron a las sombras formadas por las grandes pirámides de bloques que soportaban los arcos del puente. El hombre flaco escudriñaba en torno, como un animal asustado.

—Es una locura, y no debería estar hablando con usted.

—¿De qué tiene miedo, amigo?

—Trabajo para Henry Sax.

—Ya… y a él no le gustaría saber que usted… Cálmese, amigo. ¿Qué quiere contarme? —y para apaciguar al descargador, le colocó Barton una mano en el huesudo hombro.

—Usted… usted estuvo preguntando por Tom Coplan. Cuando hablaba con Sax, yo les oí. Yo vi a Coplan aquel último día. Yo estaba en la gabarra que ayudaba a la descarga de la barcaza doce.

—¿Notó usted en él algo anormal?

—Parecía muy preocupado.

—¿Cómo pudo darse cuenta?

—Porque ni siquiera echó una mano cuando su barcaza ancló Junto a mí gabarra. Tom Coplan siempre ayudaba, echando cables… Pero no lo hizo aquel día. Permaneció en su cabina.

—¿Algo más?

—Sí. Cuando terminó la descarga. Coplan salió de su cabina y para alcanzar el muelle, pasó por mí gabarra. De costumbre, siempre me hablaba o me contaba alguna broma. Aquel día pasó por mí lado, silencioso… Y ocultaba un paquete dentro de su camisa.

—¿Un paquete? No podía ser muy grandes entonces, si lo ocultaba bajo la camisa.

—Un paquete no mayor que un cartón de cigarrillos. Pero estaba envuelto en tela impermeable, y atado con bramante embreado. Me pareció algo extraño en Coplan.

—Coplan pasó al muelle. ¿Fue la última vez que le vio?

—No, porque unos diez minutos después regresó. Y seguía llevando aquel paquete. Abultaba bajo su camisa. Entró en su cabina, escondió el paquete y volvió a salir. Esta vez sí que me habló, pero tenía aspecto preocupado.

—¿Eso es todo, amigo?

—Eso es todo... salvo que yo tengo mi idea.

—¿Y cuál es?

—Me pareció que Coplan estaba liado en algo de contrabando. Supongo que tendría que llevar a alguien el paquete, pero perdió el contacto en tierra y tuvo que regresar con el contrabando sin poderlo entregar.

Tratando de ocultar un tono hostil, preguntó Barton con fingida indiferencia:

—¿Y ahora espera usted que vaya a contarle esto a la policía?

Los negros ojos, huraños, miraron rectamente a Barton por vea primera:

—No le tengo por un chivato. Yo le oí decir a Sax que usted era amigo de Nick Kester. Y si es así, usted no puede ser un chivato.

—Usted ha corrido el riesgo de perder su trabajo con Sax, o algo peor, ¿y todo porque soy amigo de Kester?

—Yo no conozco personalmente a Kester, pero confío en él. Está intentando echar de los muelles a vampiros como Lacey y Sax con sus pandillas de matones, ¿no? Y por lo tanto, yo confío en Nick Kester. Un hombre debe confiar en alguien, creer en algo, ¿no?

Un hombre se moriría de asco si no pudiera creer en algo y en alguien, ¿no, amigo?

Había ansiedad en el rostro huesudo y huraño, casi desesperación. Conmovido, Barton apretó la diestra, en torno al hombro de su informador.

—Sí, amigo, un hombre deba creer en algo y en alguien.

Esta frase pareció ahuyentar el miedo en el desconocido, que sonriendo, alzó la mano en gesto de despedida, antes de emprender una retirada de animal acosado, mirando en torno, deslizándose...

Encendiendo un cigarrillo, pensó Barton que, tácitamente, había dado por bueno que era decente confiar en Nick Kester. Tal vez porque lo consideraba menos sanguijuela que Curt Lacey.

Telefoneó a Gail Coplan, a las oficinas da la Blochman, quedando citados para comer juntos. Le explicó Barton toda la información que había conseguido.

Terminando él, comentó Gail:

—Por lo tanto, algo le ocurrió a mí padre entre el momento que abandonó el muelle de Jersey y el momento que llegó al muelle SR.

—Lo que ocurrió fue que entró en posesión de un paquete que parecía tenerle preocupado.

—¿Y quién le entregó dicho paquete? ¿Qué contenía? ¿Por qué le preocupaba? ¿Y con quién intentaba entrar en contacto?

—Tal vez no tenía ninguna cita concertada da antemano cuando bajó a tierra. Tal vez tenía que telefonear solamente a alguien. Y tú, ¿has conseguido alguna información?

—Hablé con los patrones del “Rosalind-K”, “Nelly-B”, y “Patsy-C”. Estos dos últimos, dicen que nunca vieron a mí padre tan poco comunicativo y holgazán. Pensaron que tal vez estuviera indispuesto. Porque él siempre echaba una mano para amarrar.

—Lo mismo que me dijo el de la gabarra.

—Todo esto demuestra que mi padre se vio mezclado en algo que le preocupaba.

—O asustaba.

—Es posible. Aunque era valiente.

—Hay ocasionas, Gail, en que el más valiente siento miedo... en esta maldita jungla.

—De acuerdo, Brent. Lo que tenemos que averiguar es por qué estaba asustado, saber qué era lo que la producía miedo. Y entonces sabremos quién le hizo matar. Ya hemos hecho algún progreso.

—Muy poco.

Pensaba Barton en su reportaje. Raymond Stone no quería indicios ni teorías, sino “Hechos y Verdades”.

—Fíjate, Brent! Sabemos que a primera hora de la mañana, mi padre estaba como siempre, alegre y deseando jugar a las damas. Pero a la una, en el muelle SR, estaba inquieto, preocupado... o asustado. Fuese lo que fuese, el paquete impermeable, por ejemplo, algo le había sucedido entre las once y la una... Ahora sabemos que debemos investigar entre once, y una, mientras le remolcaban el “Nelly-B”, y el “Patsy-C”.

—Dos horas de tormenta y navegación. Por cierto... ¡tengo una idea! Mientras volvía en el “ferry” vi a un cocinero de remolcador volcar desperdicios al agua. ¡Podría ser esto!

—No te comprendo, Brent.

—El de la gabarra, describió el paquete diciendo que estaba envuelto en tela impermeable y atado con cordel embreado. Supongamos que alguien tirase el paquete al agua, con corchos para flotación, en un sitio convenido para que al paso lo recogiera Tom...

Denegó ella con la cabeza:

—¿Quieres insinuar que mi padre habría concertado una especie de cita en medio del puerto, entre su barcaza y algún barco? Mi padre no podía aquel día responder de sus desplazamientos, puesto que no patroneaba su remolcador, sino una barcaza que era remolcada.

—Es necesario arrancar de una teoría, Gail, de algo a que asirnos. En cualquier teoría hay muchas lagunas, pero necesitamos un punto de arranque. Más tarde, se rellenan las lagunas, y puede descartarse toda la teoría si es falsa. Pero necesitamos un punto de arranque.

—Bien; repíteme entonces tu teoría.

—¡Supongamos que alguien de un barco libre de movimientos, esperaba el paso de Coplan en su barcaza. Supongamos que este alguien tiró al agua el paquete con flotadores y Tom lo pescó.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porqués era el mejor camino para pasar el paquete de contrabando. Las aduanas no registran a un patrón, que pasa el día en el puerto.

Enrojeció ella, brillantes los ojos:

—Estás acusando a mí padre de prestarse a sucios contrabandos.

—No te enojes, Gail. Es una teoría que parece, lógica… por ahora… mientras no encontremos otra mejor.

—Si fuera así, ¿por qué lo mataron, entonces?

—Pudo surgir una discusión sobre el reparto del dinero obtenido.

—¡Tú no puedes creer eso, Brent Barton; no, no puedes creerlo!

—Yo no creo en nada firmemente, pero te digo que debemos partir de una teoría, Gail, hasta demostrarla o descartarla. Si es contrabando, el barco que eché el paquete venía de alta mar, porque no podía ser uno del puerto. Podemos controlar por el registro, los barcos que aquel día entre nueve y una, entraron en el puerto.

—Podemos. Pero hay registros que pasan todos a la oficina de Kester y Lacey.

—Paro también están los de remolcadores para el atraque. Debemos procurarnos copia de los registres de barcos entrados aquella mañana. Si obtienes algo positivo, telefonéame al hotel, y me citan.

Asintió ella, y, con impulsiva fuerza, apresó a Barton por la muñeca:

—Demostraremos, tenemos que demostrarlo, que mi padre no estaba en complicidad con ninguna banda.

—Seguro que lo demostraremos, pequeña.

Dejó a Gail ante su oficina, y en el hotel pasó horas componiendo el reportaje para enviarlo a Raymond Stone. Cuando lo dejó en Correos compró un frasco de Scotch.

En su habitación, fue bebiendo lentamente, pensando en muchas cosas. Era muy posible que el honesto Tom Coplan hubiese claudicado. Que se prestase a ayudar a los contrabandistas que, pululaban por los muelles.

Personalmente, le contaba crear en ello, pero todo parecía demostrarlo. Y estaba ya sintiendo deseos de abandonarlo todo. No le importaba que Arline Kart le considerase entonces un fracasado, un inepto…

Siguió bebiendo hasta que su mente se nubló.

Era ya plena mañana cuando despertó con dolor tía sienes, la boca

rebeca y oyendo un rumor creciente. Repicaban en la puerta.

Abrió, y el conserje del hotel tendió dos hojillas de bloc:

—Dos llamadas telefónicas. Dijeron era urgente, por esto me he tomado la molestia de despertarte.

—¿Qué hora es?

—Las doce.

El conserje miró significativamente el frasco vacío, tumbado en la mesita, junto a una máquina portable de escribir. Le dio Barton un cuarto de dólar y cerró la puerta.

Una llamada era de Arline Hart, la secretaria de Stone, pidiéndole que telefonease tan pronto pudiera. La otra era de Gail Coplan, diciéndole lo mismo.

Recordó Barton que no le había dicho a Gail que en el hotel se había inscrito como Albert Norton. Por lo tanto, el conserje sabía desde un principio que era Brent Barton.

Mientras se duchaba pensó que podría coger por el cuello al conserje; y obligarle a decir a quién había comunicado quién era, y por quién estaba a sueldo extra.

Desistió. Aquel viejo era un pececillo sin importancia en la "charca" de los tiburones.

Bajó a la cabina telefónica, marcando el número del despacho de Arline. Contestó ella misma.

—Brent… Me parece como si hiciera años que nos hemos separado.

—Pensaba ir a la ciudad antes, pero he estado muy atareado.

—Stone desea verte esta misma tarde.

—¿Pasa algo?

—Sí. No le gusta el modo como estás enfocando los reportajes.

—¿No? ¿Por qué?

—Nada de particular, cariño. Solo que cree qué está mal enfocado. Pero si tú estás seguro de que llevas el asunto bien, puedes convencerla. He concertado la entrevista para las cuatro en punto. ¿Puedes?

—Sí. A las cuatro.

—Pasa a verme primero por mí despacho, cariño.

—Sin falta.

Colgó el aparato para volver a marcar otro número. El de la Compañía Blochman, oficinas administrativas. La voz de Gail Coplan resultaba muy infantil después de oír el grave contralto de Arline Hart.

—Brent, Brent… —musitaba ella, con evidente excitación—. He, encontrado algo importante. No puede ser una coincidencia, y tiene que ser por fuerza algo decisivo.

—¿Qué es?

—No puedo decírtelo por teléfono. ¿Cuándo puedes verme?

—Tengo que ir a la ciudad, y regresaré algo tarde. A menos que quieras

que vaya ahora mismo, pero tengo una cita importante.

—Puedo esperar hasta la noche, Brent. Pero ven tan pronto puedas a mí casa, Brent.

—Sin falta.

Colgando, pensó Barton que el engranaje empezaba ya a funcionar, pero consideraba esencial no fallar a la cita de Raymond Stone, el hombre por el cual volvía a estar sumergido en la jungla de los muelles.

CAPÍTULO V

El rascacielos era como una catedral del comercio. Doce ascensores funcionaban constantemente. Por la rampa asfaltada que se remontaba en espiral, ascendían los coches de los triunfadores propietarios de aquellas oficinas. En el piso treinta y siete se hallaba la Compañía Raymond Stone. Un vestíbulo enorme con marcos reproduciendo portadas de “Hechos y Verdades”, “Jardinería”, “Confort y Hogar”.

Veinte mecanógrafas atareadas, varios botones en rutilante uniforme plateado. Antes de llegar al santuario de Raymond Stone había seis despachos: Secretario general de recepción, secretario particular, secretaria de personal, secretario de colaboradores, secretaria general de Raymond Stone, y, por fin, secretaria particular de Raymond Stone.

Un despacho con alfombra color melocotón que se hundía bajo los pies. Mobiliario claro y, tras la extensa mera, Arline Hart.

La moderna mujer de negocios. El negro cabello partido por raya al centro, se trenzaba en moño bajo, a la nuca. Su maquillaje se reducía a un leve sonrosado de los sensuales labios.

Un sastre gris obscuro masculinizaba su cuerpo a primera vista. Pero Brent Barton sabía que era por dominio de sí misma, por lo que Arline Hart aparentaba ser solamente una mujer de negocios.

Había en ella parpadeos, contracciones vibrátiles, que revelaban a la mujer netamente femenina, ansiosa de hallar al marido dominante.

Levantándose, ella le besó. Un simple roce, casi insubstancial, pensó Barton desilusionado, porque esperaba una cogida más calurosa, que Arline Hart era una secretaria victoriosa, porque sabía dominarse.

—Faltan aún unos minutos, cariño —indicó ella, volviendo a ocupar su trono tras la mesa.

Brent Barton se sentó en uno de los sillones frente al despacho. La palabra “cariño” era un calificativo que Arline empleaba como si dijese: “Correspondo a su atenta”, o “de Ud. affmo...”

Aquella frialdad exterior era precisamente su mayor encanto, pensó Barton, viéndola hablar por el dictáfono:

—Comunique al servicio de recepción para citas convenidas, que el señor Barton está en mi despacho.

Cortó la comunicación, inquiriendo:

—¿Cómo van las cosas, Brent?

—Todo consta en los reportajes que he enviado.

—Stone; dice que no has enfocado el problema desde el ángulo certero.

—Pues yo persisto en que he logrado un arranque plenamente humano;

nada de monigotes de papel, sino pura humanidad.

—Tendrás que convencerle, cariño.

—A eso he venido.

Se encendió una lucecita en un cuadrante, y una voz monótona recitó:

—El señor Stone recibe al señor Barton.

Arline Hart rebuscó esa su bolso, y dijo apresuradamente:

—Tengo algún trabajo pendiente, y tal vez no esté aquí cuando salgas día tú entrevista con Stone. Puedes dirigirte directamente a mí piso. Encontrarás provisiones y champaña en la nevera.

Cogió él la llave. Ella estaba sonrojada. La besó con ímpetu, casi con rudeza. Y cuando la apartó, ella seguía con los ojos cerrados, temblorosa. Le costó un esfuerzo a Brent Barton pensar que le esperaba Raymond Stone.

El despacho era vasto como un salón de baile. Raymond Stone personificaba al hombre eficiente, cordial, directo. Se cuidaba físicamente, y daba la impresión de un deportista saludable, cordialmente distinguido.

Cuando suponía que un colaborador estaba plenamente en forma, en vena de aciertos, Raymond Stone se hacía casi paternal.

Se incorporó para contornear su mesa, estrechar vigorosamente la diestra de Barton y, volviendo a sentarse, dijo sonriente:

—He estimado conveniente un cambio de impresiones, Barton. He leído con sumo interés sus cuartillas. Debo confesar, sin embargo, que su manera de abarcar el problema se me escapa, Barton. Defíname su ángulo posicional, Brent.

Nick Kester había dicho: “¿Cuál es tu postura?”. Raymond Stone solicitaba el “ángulo de enfoque”. Fue Barton especificando:

—Tal como lo veo, la verdad sobre los muelles, puede y debe enfocarse desde el punto de vista de la verídica historia de un portuario, de su lucha por conservar la dignidad y el derecho a un trabajo limpio. En ningún sitio como en los muelles, el trabajador se ve tan zarandeado ni amenazado por poderes tenebrosos. Y si pretende enfrentarse con la jungla dominante, lo sacan del agua, muerto, aprisionado entre dos barcazas. Esto es lo que le sucedió a Tom Coplan. Y contando la historia de Tom Coplan, publicaremos hechos y verdades de los muelles. Humanos y reales.

—Ese Coplan... ¿no era un bebedor charlatán?

—Esa es una etiqueta absurda, señor. Bebía como cualquier otro hombre necesitando un poco del latigazo alcohólico, y charlaba porque tenía mucha lectura asimilada. Y había sabido mantenerse alejado de los bandos en pugna.

—Comprendido —sonrió Stone—. Siga retratándome a Coplan.

—Si en vez de nadar en los muelles, Coplan hubiera nacido en un pueblo agrícola, habría sido un cultivador laborioso, con tendencias a filósofo, apreciando el canto de los pájaros, y enseñando a los críos a

respetar las flores. Era un hombre inofensivo, decente… Que tropezó de pronto con algo ilegal, todavía, no sé qué y fue asesinado. Es un símbolo de lo que debe ser barrido de los muelles. La opresión por la violencia. Su muerte la adoptamos como símbolo. Dejó huérfana a una chiquilla que trabaja valientemente; en una oficina.

—Y ella, ¿opina que su padre fue asesinado?

—Por completo. Es más… Ya tenemos una pista. Gail, es decir la hija de Coplan, me ha telefoneado hace poco. Estuvo controlando los registros de barcos y remolcadores que salieron a alta mar el día de la muerte de Coplan. Y ha encontrado algo importante, no me ha dicho qué, porque no quiso revelármelo por teléfono. La veré esta noche, y tengo el convencimiento de que me proporcionará la primera prueba, evidente.

Reclinándose hacia atrás en su sillón, Raymond Stone adquirió un aspecto reflexivo:

—Veamos si le he comprendido, Barton. Un intelectual muere en los muelles y usted quiere presentarlo como una especie de mártir bondadoso. Pero un testigo te vio salir embriagado. Usted quiere que publiquemos que este testigo es un embustero. La policía ha dictaminado que la muerte fue accidental, pero usted quiere que digamos que o bien la policía es incompetente o ha sido sobornada. El viejo Coplan ara una nulidad, y sin embargo, usted quiere dar a su vida y muerte un significado de símbolo y ejemplaridad.

Pensó Barton que era difícil explicarle a un hombre inteligente, pero con despacho en Manhattan, lo que era la vida de los muelles.

—Escuche, Barton… Usted conoce las normas por las que se rigen mis publicaciones. Van destinadas a una mayoría. No se trata del enfocar un problema, tal como lo vea usted o yo, sino como lo puedan comprender cientos de miles de lectores de la clase media. La vida y muerte de Tom Coplan puede ser una anécdota intercalada, pero el gran público lo que desea conocer es, por ejemplo… al Gran Villano, al Genio Tenebroso. Desea conocer dónde radica la fuerza y el poder de un tipo como Nick Kester, por ejemplo.

Pestañeó Barton. Era lógico, sin embargo, que Stone tuviera, otras fuentes de información antes de emprender una serie de reportajes.

—A primeros de mes, tengo que tener los dos primeros reportajes para imprimir, Barton. Ya tengo informes sobre Curt Lacey y su banda. Por lo tanto, lo que necesito es un completo reportaje sobre la vida, actividades y manejo de Nick Kester, reyezuelo de los muelles. Saque a la luz pública los métodos, la organización, los hombres que componen la banda de Kester. ¡Esto es un enfoque directo, real y humano, Brent! Vamos, muchacho, adelante con ello. Usted es un colaborador excelente.

Brent Barton se encontró estrechando la diestra de Stone, escoltado por él hasta la puerta, y poco después solo en el pasillo:

Había sido tratado no como un empleado a sueldo sino como un invitado de honor. No le había dado ninguna orden. Se había limitado a charlar cordialmente, manifestando su opinión.

Y bajando en el ascensor, mentalmente contestaba algo tarde:

“Oiga, patrón… Si fisgoneo en los asuntos de Nick Kester, encontrarán mi cadáver triturado en un callejón o hinchado entre dos aguas sucias flotando como un sapo muerto. ¿Qué prefiere? ¿Un colaborador vivo contando la historia de Tom Coplan, o un fiambre sin provecho más que para los gusanos?”

No se lo había dicho, porque hubiese significado la cancelación de sus contratados reportajes. ¿Qué le diría ahora a Arline?

“Escucha, preciosa, tú pensaste que; yo era un tipo rudo, conocedor de los bajos fondos portuarios. Un paladín sin miedo… y la realidad es que pensando en Nick Kester me castañetean los dientes. Porque yo vi a Duval emplear su cuchillo, vi a Milo Samson convertir un rostro en papilla. Y vi a Kester pelear contra tres descargadores, empleando calabrotes de hierro, garfios, palancas… Tú creíste que yo era un idealista, un bravo apóstol… y la verdad es que yo acepté tu oferta de ir a los muelle a pescarle reportajes a Ray, porque necesitaba el dinero que tal tarea suponía para mí bolsillo”.

En la calle, seguía Barton discutiendo consigo mismo. La realidad es que para proseguir tenía que enfrentarse con Nick Kester… y le faltaba el valor, porque sabía que equivalía a suicidarse

El edificio donde estaba el piso habitado por Arline Hart, era pulcro, policromo y tan nítido que inducía a quitarse los zapatos para entrar en el interior.

Puertas sonrosadas, apliquen da bronce, espejitos, alfombras claras…

Algo precioso, “coquetón” como diría Madge Lowe.

En el segundo piso, había cuatro departamentos. El de Arline Hart llevaba su nombre en letras marfil sobre fondo palo de rosa. Y la mención: “Secretaria de Dirección”.

Un recibidor “monísimo”, diría burlonamente Gail Coplan. Dorados, mármoles, luces indirectas. Y en el *living,* había una licorera en ébano y marfil, que casi parecía un diminuto piano.

Brent Barton se escanció *whisky*, hundiéndose en el blandísimo sillón. Hojeó revistas, paseó, se asomó a las ventanas, silbó canciones… No quería pensar en la jungla de los muelles.

Hacía ya dos horas que estaba esperando, cuando entró Arline Hart que, aproximándose, le besó en la frente, amistosamente, diciendo:

—Prepárame un “Martini”, cariño. Unos minutos tan solo, mientras me cambio.

Preparando el “Martini”, Barton pensó que el “cambio” en Arline, significarla quitarse el sombrerito, abrigo y guantes; y vista la calefacción, quitarse también la chaqueta sastre, para reaparecer con la blusa camisera,

varonil.

Reapareció Arline Hart, y Brent Barton contuvo el silbido, mordiéndose fuertemente el labio inferior.

Arline Hart, rumorosa, se dirigió rectamente a la mesita, cogiendo el vaso con el combinado. Llevaba lo que según los modistos, debía ser una bata casera.

Gasas en la solapa, sedas, encajes, lazos… Pensó Barton en el pobre Adán allá en el Paraíso. Tal vez porque, la bata era color manzana.

Pensó también que tal vez Arline Hart deseaba que él se declarase lo antes posible, dispuesto a pasar ante el juez matrimonial.

Tintineó el vaso cuando ella lo dejó con mano temblorosa sobre cristal de la mesita. Se volvió lentamente, ruborosa…

Y Brent Barton la abrazó con rudeza.

CAPÍTULO VI

—Desde un principio te quise, me sentí atraída, Brent. Somos solteros, no teníamos compromiso alguno, y estoy convencida que formaríamos un matrimonio perfecto.

Brent Barton, contemplando al trasluz el ambarino licor, asintió:

—Es posible, pero antes necesitas oír ciertas cosas, Arline. Raymond Stone me habló cariñosamente como a un colegial travieso. “Muy bien, muchacho, pero no *es* como lo quiero. Déjese da contar melodramas y ataque a fondo”… Total, que no aceptó mis dos primeros reportajes relatando la vida y muerte de Tom Coplan. Te lo digo, porque tú me hablaste de estos reportajes, y estabas convencida que serían el inicio de mi carrera triunfal.

Arline volvía a ser la secretaria de dirección:

—Nada cambia, cariño. Sigue la orientación que él te dio.

—¿Meterme con Nick Kester? ¿Declararle la guerra yo solo? No es únicamente esto, Arline: Yo escribí inspirado porque conocí a fondo a Coplan, y su muerte me ha indignado. ¿Qué sabe Raymond Stone, de los problemas humanos de los muelles?

—Cuanto dices no es obstáculo para lo que, yo he dicho, cariño. Si nos queremos…

—Por un momento, deja esta cuestión aparte, Arline. Tú no podrías casarte con un fracasado, con un imbécil que como yo quiere escribir a su gusto, no al ajeno.

El hermoso semblante, poco antes sumiso, era ahora severo. Y la voz de contralto ya no tenía arrullos:

—¿Me estás preguntando si comparto tus puntos de vista o los de Stone?

—Eso es. Cuando me ofreciste esta magnífica oportunidad, dijiste que colaboraríamos en los reportajes.

—Sí, pero dándole a Stone los reportajes que él quiera.

—¿Por qué es el patrón? ¿Porque paga?

—Naturalmente, cariño. Es de una lógica aplastante, cariño. Si vas a la tienda a comprarte unos calcetines grises, ya que los pagas, no aceptarás que el dependiente te entregue a la fuerza unos calcetines blancos. Y, además, Stone es un hombre inteligente, con una visión acertada.

—Seguro… Es inteligente, guapo, y figura en la lista de los diez hombres más elegantes de Manhattan.

Atónita, sinceramente sorprendida, murmuró ella:

—Es increíble en ti, Brent. Te consta perfectamente que Stone es el más

correcto de los jefes. Y es mezquino en ti pensar otra cosa… Es absurdo que estés celoso de Stone.

—¿Por qué? Es guapo, rico, inteligente y distinguido. ¡Caray! Si este no es el Príncipe Azul, no sé cuál será…

—Yo no siento el menor amor por Stone —dijo ella, fríamente.

—Pero puedes algún día sentirlo, o estar enamorada sin saberlo. En fin, esto parecerá idiota, pero puestos a elegir entre el díscolo y rebelde Barton o el civilizado Stone, no cabe duda en tu elección, Arline.

Ella replicó lentamente:

—Esta discusión es desplazada, Brent, y pasado el momento de apasionamiento, lo has de admitir. Lo que te ocurre, Brent, es que te ha molestado que Stone viera las cosas de otra manera. Y estás irritado, pero dentro de poco, volverás a ser tú mismo. El hombre ecuánime, sin partidismos ni temores.

—Qué poco me conoces… Tú ves al hombre, aparentemente rudo, con experiencia en los bajos fondos, que ha trabajado en diversas actividades, y que de nada se asusta.

—Así eres.

—Pues te equivocas. Soy un hombrecillo asustado.

—¿Asustado de qué?

—Stone insiste en que saque a relucir los manejos de Nick Kester. Y me asusta Nick Kester, me impone terror Samson, y pánico un hombrecillo acuchillador llamado Duval. Cómo puedes apreciar, respiro cobardía por todos los poros.

—Tú no eres cobarde. Cuéntame quién es Kester.

—Tiene sus métodos especiales, porque es obligado para sobrevivir en los muelles. Me expulsó hace cinco años, y me ha dado ya el primer aviso. No quiere que investigue nada en lo que él llama su “charca”. Es el jefe de una unión de descargadores y cumple lo que promete.

—No te recrimino por estar asustado, Brent. Comprendo que allá las cosas deben ser muy distintas. Pero puesto que conozco tu problema, creo que podemos imaginar una manera de complacer a Stone.

—En ninguna tienda venden valentía temeraria, Arline.

—Estoy pensando que podríamos proporcionarte un reportero que pudiera ir donde tú no puedas. Hasta podrías permanecer en la ciudad, y escribir sobre informes que recogiera tu ayudante.

—Esto significaría abandonar la investigación sobre la muerte de Tom Coplan.

—Pero Stone no quiere este reportaje. Olvídalo.

—Tom era un amigo íntimo. No puedo olvidarlo.

—Ya veo… ¿No será porque te interesas en Gail Coplan? He leído tus dos primeros reportajes, Brent.

—Gail no es más que una chiquilla, por la que siento afecto. Escucha,

Arline. Te quiero a ti, pero no pienso abandonar a Gail. No sé todavía si hallaré bastante valor para proseguir, pero me avergonzaría si la abandonas a ella, ahora que empezamos a tener pistas.

—Pues yo creo que seguir viéndola a ella, puede resultar peligroso para nuestras relaciones, Brent. ¿Es ella más importante que tu trabajo? ¿Más importante que yo?

—Es distinto, Arline, totalmente distinto. Antes de hacerme cargo de estos reportajes, ya le tenía afecto a la chiquilla.

—¿Cuándo has de ver a esa chiquilla de veintidós años?

—Esta misma noche. Ha descubierto algo importante que no pudo decirme por teléfono. Y yo he prometido verla.

—Bien, entonces, ¿por qué no vas ya a verla?

—Es lo que debo hacer.

Y levantándose se dirigió al recibidor. Llegaba a la puerta, cuando se detuvo porque desde el otro umbral advertía Arline:

—Es preciso que sepas algo antes de irte, Brent. Yo no soy una aventura. Te quiero, pero has de decidirte y pronto, Brent. Si vuelves a verme, ha de ser para decirme lo que quiero oírte decir: que estás decidido a prosperar, obedeciendo las normas que quien paga tiene derecho a señalarte, y que… podemos ser un matrimonio perfecto, si te avienes a comportarte como un hombre inteligente… no como un indeciso sentimental.

Meditó Barton un instante, que parecía imposible que aquella mujer fríamente concreta, pudiera ser la que poco antes había sido tan apasionada.

Contestó secamente:

—Así lo haré, Arline. Si vuelvo será para decirte que nos casemos. Buenas noches.

A medida que se acercaba a los barrios portuarios, iba olvidándose de la amarga despedida con la secretaria de Raymond Stone. No dejaba de reconocer que en el fondo tenía ella razón.

Pero ahora lo que le interesaba era saber qué era lo que había averiguado Gail Coplan. Al llegar ante la puerta de acero con su mirilla, llamó con los nudillos.

Esperó unos segundos, y volvió a llamar. La puerta se abrió por sí sola.

—Gail, soy yo —anunció, entrando.

La luz estaba encendida, el cuarto en orden, pero no estaba Gail. Una sombra se movió, y solo pudo verla Barton de soslayo.

Antes de que pudiera identificarla, la sombra pareció alargarse en el impacto que se estrelló en su nuca.

Se revolvió para asir lo que acababa de golpearle, pero sus ojos estaban velados por el choque cerebral.

Y cayó al suelo, sin sentido.

* * *

Brent Barton intentó concentrarse en la pequeña mancha líquida distante un metro de su rostro. La miró fijamente, hasta que una oleada de dolor y náuseas, le obligó a cerrar los ojos y apretar la mejilla contra el suelo.

Al volver a abrir los ojos, pudo comprobar que la mancha líquida era sangre, extendiéndose. Procedía de un trozo de tubería, cortado como una matraca.

El plomo tenía sangre y cabellos. El otro extremo estaba asido por una mano. Brent Barton miró con curiosidad aquella mano.

Siguió con la mirada desde la mano empuñando el trozo de plomo, a la muñeca, al antebrazo, al codo, al hombro, hasta cerciorarse de que era su propia mano la que empuñaba aquel trozo de plomo manchado en sangre.

Soltó la matraca, sentándose, luchando con una nueva oleada de náuseas. Movió la mano hasta palparse la nuca. Había un abultamiento cálido y latiendo como un corazón, pero al apartar la mano y contemplarla, no había sangre en ella.

Por lo tanto la sangre del suelo… era da otra persona.

Poco a poco le volvía la noción de las cosas. Su amarga despedida de Arline Hart, su caminata hasta los muelles, sus nudillos llamando en la puerta del domicilio de Gail Coplan, la sombra…

Se puso en pie, apoyándose en una pared, para dominar el mareo. Inspeccionó el cuarto. Nada en desorden, y ninguna señal de violencia, salvo aquella mancha de sangre.

Se acercó al cuarto de baño, cuya puerta estaba entornada. La empujó, pero solo cedió unos centímetros. Había algo obstaculizando la puerta.

Entró ladeándose, rozando con su cuerpo la arista del batiente. Y un frío sudor le bañó por entero, mientras parecía convertirse en algodón.

Aquella debilidad no se la producía el golpe en la nuca, sino lo que estaba viendo.

El cuerpo de Gail Coplan yacía de costado. Tenía la nuca convertida en una masa sanguinolenta.

CAPÍTULO VII

Brent Barton se arrodilló, y cogiendo la manecita que yacía en el suelo palma arriba, empezó a golpearla suavemente, con delicadeza, como quien tranquiliza a un crío asustado.

Después, oyó un murmullo, como él resuello de un animal. Comprendió que eran sus roncos sollozos, porque por su rostro resbalaban lágrimas ardientes de coraje.

Se levantó para inclinarse bajo el chorro, y mientras el agua duchaba su cabeza, iba repitiendo:

—Piensa, piensa con sentido común, con sentido común...

Alguien había asesinado a Gail. ¿Quién? Posiblemente la persona o personas que habían asesinado a Tom. Pero, ¿por qué habían matado a Gail? Porque ella había descubierto algo relacionado con el asesino.

El cuerpo de Gail Coplan estaba frío. Hacía horas que había muerto. Pero el asesino esperó hasta que él vino. Por lo tanto, el asesino sabía que él iba a venir.

¿Por qué le esperó? Para quitarle el sentido, y colocar en su diestra el plomo manchado en sangre de Gail... Había sus huellas. También estaban en la puerta, en el lavabo...

El asesino habría ido a un teléfono, Efectuando una llamada anónima a la policía. Fingiéndose un vecino que había oído ruidos sospechosos en aquel piso.

Brent Barton miró su reloj. Había llegado a las ocho y veinte. Eran las ocho treinta y siete. Solo diecisiete minutos y parecían horas.

El asesino podía tardar unos cinco minutos en llegar a un teléfono público. La policía unos diez o quince minutos en acudir allí. No irían a la máxima velocidad, para interrumpir lo que podía ser una simple querella familiar. Iba pensando en todo esto mientras frotaba con una toalla el borde del lavabo y el grifo. La puerta y sus manijas. La otra puerta. Contempló el desierto pasillo, y volvió a cerrar con la mano envuelta en la toalla.

Recogió el trozo de tubería, y cuando estuvo limpia por su asidero lo dejó de nuevo en el suelo.

No era momento de sentimentalismos. Tenía que vengar a Tom y a Gail Coplan.

Llegaba a la esquina, cuando oyó la sirena clásica. Y un coche patrulla pasó a toda velocidad.

“Sigue andando como si nada, Brent. No saben que tú acabas de salir de allí. No corras, Brent”.

El coche frenó ante la casa en uno de cuyos pises yacía muerta Gail Coplan. Dos patrulleros saltaron a la acera, entrando en la casa.

Brent Barton torció la esquina, caminando normalmente, hasta que; llegó a una cabina telefónica. Marcó un número.

—Arline Hart. ¿Quién, por favor?

—Soy Brent. Han asesinado a Gail. El que lo hizo estaba todavía allí cuando yo llegué, pero no pude verla Me golpeó y perdí el sentido. Al volver en mí, yo empuñaba el arma que mató. Trataban de, hacerme detener por el crimen. He escapado, sin dejar huellas.

—¡Brent! ¡Por lo que más quieras! Yo conseguiré que Stone mande a otro periodista a los muelles.

—No, querida. Aunque sea lo último que haga en mi vida, sigo adelante. Y esta vez sin indecisiones. Pero te necesito, Arline.

—Cuenta por completo conmigo, cariño.

—Es posible que la policía me interrogue. Yo he estado contigo hasta ahora, ¿comprendes?

—Estuviste conmigo, cariño.

—Entiéndeme. Yo salí del despacho de Stone hacia las cuatro y media, llegando a tu piso a las cinco, pero allí te esperé hasta las siete. Y creo que fue en estas dos horas cuando murió Gail. Por lo tanto, tendrás que decir, si te interrogan, que yo estuve contigo desde las cinco a las ocho. ¿Decidida, Arline?

—Por completo. Pero ahora estás abrumado, nervioso... Piensa que la venganza no le devolverá a Gail la vida.

—De cinco a ocho he estado contigo. ¿Da acuerdo?

—Brent, ¿no vas a echarlo a perder todo? Me refiero a tu trabajo.

—¿Mi trabajo? —murmuró Barton, vagamente—. Ah, sí... Puedes decirle a Stone que estoy escribiendo la historia de Tom y Gail Coplan. La podrá publicar o no, pero yo la escribiré hasta el último capítulo.

—Ten cuidado, Brent, porque si te pasara algo, yo...

Hubo algo parecido a un sollozo, y Brent Barton, afirmó:

—Soy el primer interesado en vivir, Arline. Ya volveré a llamarte.

Colgó el aparato paira evitarse: explicaciones.

Y caminando por los muelles, sintió que un frío coraje substituía su anterior pánico. Le bastaba recordar la triste postura mortal de una chiquilla huérfana, tendida de costado, en abandono definitivo.

En las oficinas de Blochman Brothers había un empleado nocturno, encargado del registro de movimientos de barcazas y remolques de la Compañía, que le eran comunicados telefónicamente.

Miró a Barton con ojeada recelosa.

—¿Ha llegado Gail?

—¿La hija de Coplan? No trabaja por las noches ella.

—¡Es que me citó aquí. La esperaré.

Y señaló el despacho de Gail. El empleado iba a protestar, pero la centralilla telefónica reclamó su atención. Desde un remolcador le daban la situación.

Brent Barton ocupando la silla que nunca más volvería a emplear Gail, examinó la mesa: lápices, clips, gomas, diagramas impresos, y cuartillas en blanco entre dos blocs sin anotaciones.

El empleado terminó su conversación telefónica, y volviéndose sobre era sillín, inquirió—: ¿Quién me dijo que era?

—Un amigo de Gail.

—¿Si? Pues es usted el segundo amigo que ha venido esta noche a esperarla, y que como usted ha estado echando un vistazo al despacho de Gail.

—Vaya... ¿Y qué aspecto tenía ese otro amigo?

—¡No solo examina usted las cosas de Gail, sino que además hace preguntas. Con este sistema se puede buscar un lío, compadre.

—Depende, amigo. A veces topo con alguien comprensivo a quién no le viene mal ganarse cinco pavos.

—Tengo mi sueldo, y hoy en día por cinco pavos no vale la pena ni gastar saliva.

—Por diez, sí —y empujó Barton un billete sobre la mesa, dejándolo bajo un bloc.

—¿Qué trata usted de comprar?

—Solo la descripción de cómo era el otro amigo que se me adelantó.

—Usted no es un policía, porque si lo fuese: en vez de enseñarme un billete de diez, me hubiera mostrado la placa.

—Exacto. ¿Cómo era el otro?

—Aproximadamente de su estatura, pero mucho más grueso, pesado, con cara de perro, de unos treinta y cinco años de edad, llevando una cazadora, un jersey y gorra.

—Hay cientos así por los muelles.

—Pero este tenía un rasgo distinto. La nariz rota, ladeada.

—¿Recientemente rota?

—Oh, no... Se le veía que era de antiguo, como si hubiera recibido un patadón. Le dejé mirar el despacho, porque solo peso sesenta kilos, y no le hubiese durado a Nariz Rota ni media torta.

—¿Encontró él lo que buscaba?

—No creo, porque salió con cara de perro furioso. Me preguntó si la había oído a ella conversar por teléfono con alguien. Le dije que yo no trabajo en el turno de día.

—¿Cuándo se fue?

—Hará cosa de unos diez minutos.

Se inclinó Barton como si se rascase el tobillo. Pudo recoger de la cesta de papeles, uno arrugado, con algo escrito.

Poniéndose en pie, tendió el billete de diez:

—Todo suyo, amigo. Se lo ha ganado.

—Gracias, y para que vea que no regateo informes, sepa que Nariz Rota tenía tres arañazos a un lado de la mejilla. Arañazos recientes.

Saliendo al muelle, se estremeció Barton. Lloviznaba y la humedad calaba hasta los huesos. Pero el escalofrío se lo producía el recordar la mano de Gail Coplan.

La estaba viendo como si la tuviera entre las suyas. Con sangre en tres uñas. Tres arañazos. En la mejilla de Nariz Rota. Milo Samson, segundo de toda confianza de Nick Kester.

Poco después llamaba a la puerta del piso de Madge Lowe, secretaria de Nick Kester. Ella abrió, exclamando:

—¡Vaya, vaya, forastero!

—No hace tanto tiempo que estuve aquí, preciosa.

Cerrando la puerta, ella se reclinó contra la madera:

—Depende de cómo cuentes tú las horas.

—He estado muy atareado.

—No lo dudo, no lo dudo.

—¿Hay una gota de tónico para mí?

Señaló ella la estantería, y escanciándose *whisky*, lo bebió Barton con sorbos reflexivos.

—Hay novedades, Madge. Han asesinado a Gail Coplan, y me quisieron colgar la muerte.

Pude zafarme antes de que llegase la policía, sin dejar huellas. Como ves, estoy atareado.

Madge Lowe no demostró sorpresa ni pena. Solo curiosidad. Y comentó:

—Tan pronto como el asesino se dé cuenta que te zafaste, te buscará. Y también la policía. Sí, realmente estás atareado, Brent ¿Piensas seguir jugando a detectives y asesinos?

Rio Barton sin la menor alegría, para afirmar:

—Encontraré al asesino de Tom y Gail, o me transportarán en una caja de pino con una corona de lirios.

—Eso último es lo más posible, querido. ¿A qué has venido?

—Pensando que tal vez podrías ayudarme.

Era curioso lo que estaba ocurriendo. Ya no había voluptuosidad en Madge Lowe, sino recelo, miedo…

—¿Y cómo puedo yo ayudarte?

—Por ejemplo, ayudándome a encontrar a un tipo corpulento, aproximadamente da mi estatura, que estuvo registrando el despacho de Gail hace apenas un cuarto de hora. El tipo en cuestión tenía la nariz rota.

—La descripción le encaja a Milo Samson.

—¿Verdad que sí? Sin embargo, tú estuviste muy sincera cuando me dijiste que con Tom nada tenía que ver Nick Kester.

—Yo solo digo que— tu descripción le encaja a Milo Samson.

—Y todos sabemos que Milo Samson ni siquiera se cepilla los dientes, si no le da permiso Nick.

—¿Quieres mi opinión sincera, Brent? Vete de los muelles, cuando aún estás a tiempo.

—¿Ahora? ¿Ahora que empiezo a tener indicios firmes? Oh, no, Madge…

Se aproximó a la puerta, y abriéndola, completó:

—No sé si te quedarás sin patrón, o te bastará comprarme un par de lirios y dejarlos sobre mi ataúd. Gracias de todos modos. Adiós, Madge.

—Adiós, Brent. Mándame una postal cuando llegues a Cuba.

CAPÍTULO VIII

Atravesando la calle, Brent Barton se detuvo en la otra acera, frente al domicilio de Madge Lowe. Buscó las sombras de un entrante, y allí permaneció pensando en la extraña conducta de Madge.

Ella solía gustar de las comodidades, y, sin embargo, a aquella hora estaba vestida de calle, maquillada y durante su breve entrevista, había demostrado impaciencia.

¿Esperaba a alguien? Y no era una cita vulgar, porque había mucha inquietud en ella. La luz que transparentaba la ventana del piso de Madge, se apagó.

No había tenido tiempo de desvestirse, desmaquillarse... La vio salir mirando un instante a lo largo de la acera. Llevaba un bolso con tirante al hombro y se dirigió rápidamente hacia el cruce.

La siguió Barton por la acera opuesta, y a una distancia equivalente a una cuadra de edificios. La vio saltar a un autobús, y él corriendo, se metió en un taxi.

—Siga al autobús de Broadway —pidió.

En la calle 34 en su cruce con la Sexta Avenida, bajó ella del autobús.

Y apenas llegaba a la acera, llamó a un taxi. Del que se apeó en Times Square, para pagar. La imitó Barton.

La vio acercaras a un kiosco y comprar un periódico. Caminando, ella se detuvo varias veces ante el bruñido espejo de un escaparate, no para contemplarse, sino para ver si era seguida.

Brent Barton sabía aprovechar las incidencias urbanas para camuflarse.

Pudo ver cómo abriendo el bolso que colgaba de su hombro, sacaba ella un amplio sobre que insertaba entre las páginas del periódico, doblado a lo ancho.

Y entonces, entró en una cafetería.

Atravesó Barton la calle, y cuando llegó a un lado del bar, la vio sentada en uno de los compartimientos, al final del local. Daba ella frente a la entrada y había un hombre con ella, de espaldas a la entrada.

No era una cita romántica. Madge hablaba apresuradamente, y en las pausas asentía como quien recibe instrucciones.

Terminó ella de beber, y dejando el periódico doblado en la Esquina de la mesa, abandonó la cafetería.

Pensó Barton que tenía el tiempo justo para actuar. Dentro de un instante, aquel desconocido se levantaría, llevándose el periódico y su misterioso contenido.

Entró, caminando deprisa. El hombre que había hablado con Madge,

seguía en su compartimiento y estaba terminando de beber.

De soslayo le miró Barton, y le pareció que el negro cabello ondulado le era familiar. Siguió caminando, tras coger el periódico.

Hubo un ahogado grito de sorpresa, y Barton corrió para internarse en el pasillo cuyo dintel tenía dos carteles: "Señoras". "Caballeros".

Se abalanzó a la puerta marcada "señoras", rogando a la Providencia que no hubiera ninguna Eva al interior. La Providencia oyó su ruego.

Escuchando, oyó pasos precipitados por el pasillo, la puerta de "caballeros" abriéndose y una voz gritando:

—¡Por esta ventana abierta!

Bien. Le creían fuera del local. Esperó unos minutos y cuando volvió a atravesar la cafetería, lo hizo sin apresurarse.

Nadie la miraba. Comentaban los grupos la extraña cleptomanía de un individuo que se dedicaba a robar periódicos.

Llamando a un taxi, eligió el barrio bajo de Broadway, para alojarse en otro hotel. Ya no podía volver al "Harbor Nest", si quería poder dormir y despertarse.

Se inscribió como James Lowe en el hotel astroso, alojamiento de actores fracasados, pagando cuatro dólares por anticipado, porque no llevaba equipaje...

Pasó a la cabina telefónica, explicándole a Arline Hart que deseaba tranquilizarla, contándole brevemente lo sucedido en las oficinas donde trabajaba Gail Coplan.

No se refirió al periódico y al sobre de Madge Lowe.

—... y me he alojado en el "Barrymor" porque necesito dormir una noche entera.

Volveré a llamarte mañana.

—Escúchame, Brent. Debéis abandonar los reportajes, porque es tu vida la que...

Colgó Barton el aparato, cortando así la comunicación.

En su habitación, cerró la puerta con el pestillo, y procedió a examinar el papel arrugado que había conseguido en la cesta de papeles de Gail Coplan.

Era una lista de nombres, escrito de puño y letra por Gail. Una lista de remolcadores. Y uno de ellos estaba subrayado y el lápiz había vuelto a pasar varias veces sobre las letras: "Dorothy-H".

Era evidente que algo en el "Dorothy-H" había llamado mucho la atención a Gail Coplan, horas antes de morir.

Quitó después el sobre del interior bien doblado del periódico y rasgó una esquina del sobre.

Tres cuartillas mecanografiadas a un solo espacio.

Ya había identificado al hombre que tenía que recoger aquel sobre: Lyle Wander, el intelectual considerado no peligroso.

Barton empezó a leer con atención, tratando de hallar en aquellos párrafos alguna pista. Estaba tan absorto, que tardó en comprender que estaban llamando a la puerta.

Guardando en un bolsillo interior la lista de remolcadores y las tres cuartillas mecanografiadas por Madge, fue a abrir dispuesto a entrar en acción antes que el visitante.

Arline Hart, alta, hermosa y distinguida, desentonaba en el astroso decorado del “Barrymor”. La atrajo Barton sin el menor cariño por un brazo y, cerrando la puerta, refunfuñó:

—¿Qué diablos haces aquí?

—Tenía que darte un aviso personalmente.

—¿De parte de quién?

—De Raymond Stone. Dice que te has metido en una investigación superior a la capacidad de un hombre solo, por valiente y decidido que sea.

—Celebro que se dé cuenta que no pienso escatimar esfuerzos para ganarme sus dólares.

—No seas sarcástico, Brent. Dice Stone que no tienes la menor posibilidad de terminar con éxito tus reportajes. Quien haya matado a Gail, te está buscando a ti con la misma intensidad que puedas tú buscarle. Pero él tiene una ventaja y es que te conoce. Y otra: que no está solo. ¿Es que eres tan presuntuoso que crees puedes enfrentarte con toda el hampa de los muelles Sur? ¿Te crees tan fuente, tan duro y tan inteligente?

—Yo no me creo nada. En cambio, Ray Stone es infalible. Sabe lo que hay que hacer, lo que no debe hacerse, y piense lo que piense, es lo mismo que tú piensas. Si él dice:

“Brent Barton es un loco”, eso mismo es lo que tú repites.

—¿Estamos hablando de Stone o de ti?

—De ambos, y comprendo que él salga aventajado a tu vista.

—¡A lo menos él no vive como tú! —Y gesticuló ella, abarcando con el ademán el mísero cuarto—. ¡Ni tiene tu apariencia!

—Es verdad que necesito afeitarme: y mudarme. Pero por los muelles no se emplean el talco, las lociones y los masajes.

—¿Sabes lo que estás haciendo, Brent?

—Sí, y también cómo debo hacerlo. A mi manera, sin concejos de ciudadanos y secretarias.

—¿Nada que pueda yo decirte te hará cambiar de pensamiento?

—Lo siento. ¡No!

—Entonces, no me necesitas. No necesitas a nadie. El odio te sirve de compañía, la venganza te da una razón para morir… Adiós, Brent.

Abrió ella misma la puerta y no hizo nada Barton para retenerla. Oyó el ascensor bajando. Tenía razón ella. Solo pensaba en vengar las muertes de Tom y Gail Coplan.

Se echó sobre la cama, esperando que el sueño aquietara sus atormentados pensamientos.

* * *

Eran las diez y media de la mañana siguiente, cuando Madge Lowe levantó la vista, apartándola de las facturas que estaba revisando, y miró al que acababa de entrar, deteniéndose ante su mesa.

Contuvo la respiración en el colmo de la sorpresa.

—Todavía no me he ido a Cuba, preciosa.

—¿Qué… estás haciendo aquí?

Brent Barton especificó, como si fuera algo muy natural:

—Quiero ver a Nick en su propia charca personal.

—¿Estás loco? —musitó ella—. Vete, pronto, antes que pueda él enterarse que te has atrevido a…

Dio una palmada Barton sobre la masa:

—Cumpla, secretaria. Dígale al señor Kester que estoy aquí, y que quiero verle.

—No seas loco, Brent. Te lo ruego —y, en efecto, el tono era suplicante—. Él te echó, y si ahora te acercas, te matará.

—Dile que estoy aquí, o se lo digo yo.

Barton se inclinó sobre el dictáfono que conectaba con el despacho de Nick Kester.

Ella intentó apartarla la mano, pero él, asiéndole la muñeca, la obligó a sentarse de nuevo. Bajó Barton la palanca, y dijo:

—Hola, Nick. Por si no me recuerdas, me llamo Brent Barton y deseo hablar contigo.

—¿Qué? ¿Cómo demonios…?

—Ruego que abras tu maldita trampa, porque quiero hablarte.

Zumbó el mecanismo y la puerta fue abriéndose. Soltó Barton la muñeca femenina y entró rápidamente.

La puerta se cerró automáticamente tras él.

Nick Kester, sentado tras su mesa despacho, parecía una fiera a punto de saltar. En sus ojos no había furia, sino sorpresa.

—¿Has desayunado riñones de tigre, Brent?

—Rebozados con sesos de toro loco. Necesito hablarte.

—Debe ser una necesidad muy definitiva, para que vengas aquí en este plan tan fanfarrón. No hueles a alcohol.

Entornados los párpados, se levantó Kester contorneando su larga mesa. Se movía con suavidad felina, pese a la voluminosa musculatura.

Se detuvo ante Barton, mirándole con fijeza. Ambos tenían la misma estatura, pero Kester pesaba unos veinte kilos más.

—¡Vamos, dale a la lengua! —conminó Kester.

—Me advertiste que me fuera de tu charca.

—Era un buen consejo. Yo lo recuerdo perfectamente, pero tú lo echaste en olvido.

—Y como no me fui, me enviaste a uno de tus forzudos, provisto de, un puño inglés, para que me zumbase en el callejón de Cariboo.

—Pero no hiciste caso de su zumbido.

—Y anoche diste la orden de suprimir a Gail Coplan.

Hubo un destello de sorpresa en los ojos de Nick Kester, que masculló:

—Creo que te falta un tornillo.

—Obtuve una descripción del asesino. Le encaja maravillosamente a Milo Samson.

Las cejas de Kester se arquearon en mueca incrédula.

—No cabe duda. Has perdido los tornillos de sujeción del poco seso que te dieron al nacer.

—¡Te digo que la descripción le encaja a Samson!

No podía ya Barton controlar su coraje, y su vos enronqueció al exigir:

—¡Quiero ver a Samson! ¡Ahora y aquí mismo!

Nick Kester levantó lentamente su diestra, palpándose la cuadrada mandíbula en gesto meditativo… Por fin, dando media vuelta, contorneó la mesa, y sentándose, habló por el dictáfono:

—Madge, quiero a Samson aquí, al momento.

Ambos hombres, se miraron en silencio. No tenían ya nada que decirse, aparentemente. Pero había electricidad en la atmósfera.

La voz de Madge anunció:

—Milo Samson.

Kester presionó el botón, la puerta empezó a deslizarse y entró el corpulento Milo Samson, resoplando según costumbre, como una foca fatigada.

Se encaminó a la mesa sin ver a Brent Barton que, abalanzándose, le agarró por un codo, obligándola a volverse.

El ataque cogió por sorpresa a Samson, que por un momento se ocupó de guardar la vertical, pero instintivamente alargó los puños en guardia defensiva.

Barton le miró las mejillas, buscando la huella de los tres arañazos femeninos.

Nick Kester, sentado, observaba la escena impasible.

Brent Barton, retrocediendo, abatió los brazos en postura de cansado abandono. Avanzando luego hacia la mesa, dijo:

—No fue Samson. El asesino lleva en la mejilla la huella de los arañazos que le hizo Gail defendiéndose antes de morir.

Milo Samson gruñía incoherencias. Nick Kester dio una palmada sobre: el botón resorte que hacía funcionar la puerta, y ordenó:

—Ahueca, Milo.

Milo Samson, cesando de gruñir como un oso colérico, abandonó el vasto despacho.

Brent Barton, sentándose, hundió el rostro entre las manos.

—¿No sabed que Samson no hace nada sin que yo se lo mande?

—Lo sé.

—Si hubiese matado a Gail, sería porque yo se lo hubiese ordenado. Y a pesar de saberlo, vienes aquí, a mí propia charca, y me pides que llame a Samson. ¡Estás loco, totalmente loco, Brent Barton!

En la entonación de Kester había un matiz admirativo.

Dejando de masajearse el rostro, replicó Barton:

—Puede que esté loco. Ya no me importa lo que pueda sucederme, ni si pierdo mí trabajo. No puedo pensar en otra cosa que no sea colocar mis manos en torno a la garganta de quien mató a Tom y Gail. Y de una manera u otra he de conseguirlo —terminó, levantándose.

—¿A dónde vas ahora?

—A visitar a Curt Lacey.

—¿Así, por las malas, a ciegas?

—Entré aquí a ciegas, y, sin embargo, obtuve una verdad, ¿no?

—Siéntate, imbécil. ¡Siéntate, te digo! Deja que se escape de tu seso el exceso de vapor a presión que estás acumulando. Sigue yendo a ciegas, desafiando, y solo conseguirás ser recogido por la dragadora. Te hacía más inteligente, Brent.

Sentándose, pensó Barton que volvía a estar de nuevo bajo el extraño embrujo dominante de Nick Kester. Como cualquier otro de los descargadores que tenían fe ciega en su mando.

—Vamos, cuéntame lo que sacaste en limpio sobre Tom Coplan.

Fue explicando Barton todas sus incidencias, menos el episodio referente a Madge Lowe. Nick Kester escuchaba impasible. Al terminar Barton su relato, declaró Kester:

—El día en que fue asesinado, Tom Coplan me telefoneó. Hacia la una. Para decirme que había pescado un paquete en el río. Dijo que contenía un polvo blanco, amargo de sabor, y que suponía que era heroína, por valor de una fortuna. Dijo que había visto el paquete siendo arrojado por el portillo da un barco que payaba y que quería saber lo que hacía con el paquete.

—¿Qué le dijiste tú?

—Que lo desmenuzara y tirase al río, olvidándose de todo. Me contestó que así lo haría.

—Alguien debió verle pescar el paquete. Posiblemente, el individuo que debía recogerlo. Y quien fuese, fue a la cabina de Tom y al no encontrar el paquete, lo mató.

—Más o menos eso debió ocurrir.

—Tú lo sabías... ¿Por qué no lo revelaste a la policía, Nick?

—¿Yo a la policía? —protestó Kester, escandalizado—. Ellos intentan meterme entre rejas cada día de la semana, y dos veces el lunes. Apenas yo admitiese que sabía algo referente a un paquete de heroína, acudirían al galope para intentar colocarme las esposas. Y además, Tom Coplan no era miembro de mí Unión.

Podía sonar a cinismo cruel, para quien no conociera la dura legislación portuaria. Si un miembro de la Unión dirigida por Kester, hubiese sido asesinado, Kester habría movilizado sus "patrulleros" hasta dar con el asesino.

—¿Cuál era el nombre del barco que tiró el paquete?

—El "Colomba". Su capitán está fuera de toda sospecha. Debió ser alguno de su tripulación.

—Al parecer, existía una especie de cita en el puerto. Un barco pequeño esperaría el paso del "Colomba" para recoger el paquete, pero se anticipó Tom.

—Piensa en un barco que no tuviera que pasar por Aduanas.

—Un remolcador. Creo que Gail acertó cuál era este remolcador. Hizo una lista y subrayó el "Dorothy-H". ¿Puedes echarme una mano, Nick?

—Cosas peores he hecho por niños, locos, borrachos y ancianas inválidas. Te incluyo en la segunda categoría.

Marcó Kester unos números en el teléfono y mantuvo una breve conversación. Colgando el auricular, indicó:

—Uno que me debe favores. Está en el registro de remolcadores. El "Dorothy-H" acabó aquel día su faena a las diez, y le ordenaron anclar, pero el capitán dijo que tenía que recoger unas provisiones en el muelle de Jersey. Pidió un par de horas libres y ancló en su muelle hacia las dos.

—Por lo tanto, estuvo por la bahía, y podría ser el que esperaba recoger el paquete. ¿Quién es su capitán?

—Syd Hopkins.

—¿Sabes algo de él?

—No, pero está muy cotizada la porquería esa que no sé por qué llaman heroína. Oí decir que la pagan a tres, mil las cinco onzas.

—Voy a buscar al capitán Hopkins.

—No tienes mucho que buscar, Brent. El "Dorothy-H" está en el muelle Uno. Esperando órdenes. Mi amigo dice: que por ahora no hay órdenes. Al menos, durante una hora. ¿Te basta?

—Gracias, Nick. Sigo disconforme con ciertos métodos tuyos, porque no nací en los muelles. Pero reconozco que dentro de la charca, tú eres de lo menos malo.

—Algo es algo. ¿Necesitas compañía para visitar a Hopkins?

—No soy miembro de tu Unión.

—No importa. Contigo hago una excepción, porque los locos como tú no abundan.

—Gracias, Nick.

Si necesito ayuda, te llamaré.

Titubeando, Brent Barton se rascó la sien. Por fin, dijo:

—Han filtrado en tu Unión a gente peligrosa en el terreno político.

—Mientras trabajen decentemente, allá ellos con sus discusiones personales. De cuestiones políticas ni entiendo ni quiero.

—Pero están tramando un complot contra ti, Nick.

—¿Qué quieres decir?

—Harán sabotaje para negociar con Lacey, si Lacey les concede un local y les deja reclutar adheridos. Te pueden hundir.

Colocó Barton las tres cuartillas mecanografiadas sobre la mesa:

—Aquí lo tienes todo escrito. Instrucciones para los infiltrados en tu Unión. Se lo robé a Lyle Wander anoche.

Abandonó Barton el despacho, donde Kester ya leía ávidamente.

Se detuvo ante el despacho de Madge.

—Te seguí anoche, Madge. Le birlé el reporte que entregaste a Wander. Acabo de dárselo a Nick. No le he dicho que tú eras el correo. Pero puede deducirlo y empezará a gritar que ha alimentado una viborilla en su amplio pecho. Pero después de gritar, pasará a la acción.

Los ojos femeninos expresaron un intenso odio repentino.

Brent Barton epilogó:

—Cada media hora sale un avión para Cuba. Pero yo en tu lugar cogería un avión blindado rumbo a Patagonia. Tú naciste en los muelles y sabías que traicionar es imperdonable. Lárgate que aún estás a tiempo. Adiós, Madge.

Salió Barton a la calle, pensando que si los ojos de Madge Lowe hubiesen sido cuchillos, estaría descuartizado.

Pero pronto la olvidó. Tenía por fin una pista firma. El remolcador “Dorothy-H”.

CAPÍTULO IX

En el muelle Uno, el remolcador “Dorothy-H”, retenido por sus recias amarras, mostraba su estructura sólida, pesada, sin gracia.

Brent Barton cruzó la pasarela y se dirigió al puente de mando. Un umbral daba acceso al cuarto de bitácora, comunicando con el camarote del patrón.

Al entrar Barton, asomó el patrón Syd Hopkins. Un hombre joven, de unos treinta años, corto de estatura, pero largo de brazos, de rostro delgado, muy juntos los ojos.

Llevaba una gorra con galones, lo cual demostraba que era vanidoso, porque los demás patrones de remolcador llevaban gorras impermeables sin galones o simples gorros de lana.

Si era vanidoso, tendría aficiones caras. Joven y ambicioso, encajaba en el posible “recogedor” de drogas.

—Voy al abordaje directamente, capitán. Tomó usted parte en un trabajo el Veintiuno de febrero último y le pagaron bien. ¿Verdad?

Syd Hopkins se acarició la barbilla, mascullando:

—¿A qué viene esto?

—A que cobró usted lo suficiente, ¿no? —manifestó Barton, insinuante.

—¡Ni un centavo, condenación! Me prometieron el dinero antes de dos semanas y ha pasado más de un mes antes de que usted venga a liquidar lo que me toca.

—Todavía no.

—¿Cómo que no? Lacey dijo que...

Se interrumpió Hopkins, mordiéndose el labio, y mirando con recelo al visitante, que completó:

—Lacey había asegurado que era un trabajo sin el menor riesgo y que en dos semanas cobraría usted la parta correspondiente. Pero Lacey está enojadísimo.

—¿Por qué ha de estarlo? Yo hice lo que me correspondía. No es culpa mía si una barcaza se anticipó y el viejo Tom pescó el paquete. ¿Quién puede reprocharme nada a mí?

—Piensan que hubo uno jugando a dos paños.

—¡Yo, no! Ocurrió tal como digo. Yo vi el paquete saliendo proyectado de la sala de máquinas del “Colomba”... Maniobré hacia el punto en que flotaba el paquete, pero el otro remolcador con su barcaza se interpuso, y no pude hacer nada para impedirlo. Además, Fox estaba a bordo y yo hice las cosas tal como él me dijo. ¿O es que Fox no lo explicó en forma bastante clara?

—Fox Hilton estaba a bordo para hacerse cargo de la operación. Y cuando Tom pescó el alijo, Fox Hilton aseguró que se ocuparía de Tom y rescataría el paquete. ¿Es así, verdad?

No contestó Hopkins.

—No hago más que volver a reconstruir los hechos para informar debidamente y ver da dónde partió el error. Ya sabía que Fox Hilton estaba con usted —siguió mintiendo Barton—, paro necesitaba que usted me lo confirmase.

—Ya... ¿Y quién diablos es usted?

—Uno al que en cierta ocasión también traicionaron como a usted.

—Ya... ¿Y trabaja para Lacey me dijo, verdad? ¿Es que Lacey ya no confía en Fox Hilton? ¿Es esto lo que trata de hacerme comprender?

—Cuando hay de por medio mucho dinero, la desconfianza es lógica. Solo estoy intentando poner en claro por qué no consiguió usted su dinero.

—Algo me huele a podrido —afirmó Hopkins, solemnemente—. ¡Quédese quieto dónde está, amigo!

Con la frase imperiosa, crujieron los muelles del cuchillo y la hoja acerada pareció prolongarse; desmesuradamente en la diestra da Hopkins.

—¡Gunther! —llamó el capitán.

En el umbral se detuvo un individuo voluminoso, de rostro indiferente, y anatomía de herrero.

—Vigílame al tipo ese, mientras llamo a alguien, Gunther.

Barton permaneció quieto. Entre el cuchillo enfrente: y el llamado Gunther, a sus espaldas, estaba emparedado.

Hopkins manipuló en la radio-teléfono, dio su identidad, y pidió el número telefónico para comunicar con Curt Lacey.

—¿Está loco, Hopkins? —fingió encolerizarse Barton—. Si discute este asunto a través de la línea portuaria, se enterará la policía y a Lacey no le gustará.

Hopkins se limitó a hacer oscilar el cuchillo significativamente.

La rejilla del altavoz reprodujo la voz gutural de Curt Lacey.

—¿Qué sucede, Hopkins?

—Aquí hay un tipo a bordo preguntándome cosas... acerca del negocio pendiente.

¿Comprende, señor Lacey?

—Comprendo. ¿Qué más?

—Dice que usted le ha enviado. Pero prefiero saber si es verdad.

—¿Cómo se llama?

—Un minuto, señor Lacey.

Y avanzó un paso, alargando el brazo. La punta del cuchillo tocó la cazadora da Barton.

—Sácala los documentos que pueda llevar, Gunther.

Gunther cacheó rápidamente y tendió a Hopkins el carnet.

Retrocediendo layó Hopkins, y comunicó:

—Se llama Barton, Brent Barton, señor Lacey.

—Vaya, precisamente quería yo hablar con él. Convénzale para que permanezca a bordo, y voy enseguida. ¿Dónde está ahora, Hopkins?

—Muelle Uno, Sur.

—Prefiero el embarcadero Sexto, ¿comprende, Hopkins?

—Sí, señor. Pero en mi oficina...

—Me cuido de pedir el permiso. ¿Qué tiempo tardará en llegar al embarcadero Sexto, Sur?

—Unos cincuenta minutos, señor.

—Muy bien, y sobre todo que el señor Barton me espere, ¿comprende? Estaré en el Sexto Sur antes de los cincuenta minutos.

Cesó la comunicación y Hopkins ordenó:

—Dala fuerte si intenta moverse, Gunther. Vigílale con toda tu atención.

Mientras maniobraba el remolcador, pensaba Barton que la escapatoria resultaba casi imposible, porque Gunther a la distancia suficiente, empuñaba un calabrote.

Y Hopkins, con su cuchillo sobre el pupitre de mandos, distaba también lo justo para no poderle atacar por sorpresa.

Era evidente que Lacey no quería actuar en el Muelle Uno, demasiado concurrido.

Era también evidente que Fox Hilton era el asesino de Tom Coplan, por orden de Lacey. Por lo tanto, le llevaban al Sexto para silenciarle.

Mientras el remolcador daba pitidos como un coche entre denso tránsito, surcando las aguas del puerto, pensó Barton por qué no le ataban.

Lo comprendió pronto. Hopkins era vanidoso y necesitaba demostrar que era listo.

Había enviado a Gunther a las máquinas.

—¿Te creías que podías engañarme, eh, bribón?

—El que se engaña eres tú, Hopkins.

—¿Sí? ¿Es que no oíste hablar de mí?

—Te comes la carne cruda y eres el terror de los muelles, ¿no?

—Cuando lleguemos al Sexto me darán una recompensa. ¿Sabes cuál será? Le pediré a Lacey que me deje atizarte a modo. Quiero entretenerme contigo antes que los otros muchachos. Cuando aún te enteres...

—El capitán Bravura...

Barton se hallaba junto a la banqueta empotrada, mullida por un cojín de corcho, que al menos podría servirle para amortiguar los primeros cuchillazos.

Con rapidez la cogió y la arrojó contra Hopkins, que, en instintiva reacción, plantó el cuchillo en el cojín.

Mientras forcejeaba para sacarlo, Barton le asestó un gancho en el estómago y a la vez un directo con todas sus fuerzas en la garganta. Syd

Hopkins, angustiosamente, intentó respirar, velados los ojos.

Brent Barton cogió del tabique un recambio de soporta metálico, y lo empleó como matraca, golpeando en la cabeza Syd Hopkins.

Cuando estuvo seguro de que Hopkins ya no molestaría, Barton miró en torno buscando algo que como arma completase el soporte.

Y vio sobre la banqueta, una automática. Debía haber estado escondida bajo el cojín, a disposición del capitán, cuando este, sentándole, tuviera alguna conversación difícil.

Se guardó Barton la pistola, pensando que aún seguían a bordo unos seis hombres. Seis hombres que actuaban maquinalmente, obedeciendo las señales dadas por la campana de órdenes.

Cerca de la ribera, había una barcaza desierta, anclada.

Barton tiró por dos veces de la cadenilla a un lado del acústico. Las máquinas pararon y Barton movió la manilla de rumbo.

Dio otro campanillazo más lento. Y el hombre a babor, cogió el cable dispuesto a lanzarlo en la seta de amarre, apenas el remolcador se aproximase más a la ribera.

Entre babor y el muelle había apenas tres metros.

Barton dio los campanillazos correspondientes a "toda máquina, oeste".

Y corriendo, atravesó el puente y saltó al muelle, mientras el remolcador embestía la barcaza, obedeciendo al impulso de sus máquinas, manejadas por el maquinista sin visibilidad, que atendía solo las órdenes transmitidas por la campana.

Alejándose corriendo, volvió Barton una ver la cabeza.

El remolcador, tras embestir la barcaza, había chocado contra el muelle. Salía humo y emitía los sirenazos pidiendo auxilio.



—Creo que te falta un tornillo, Brent.

CAPÍTULO X

Desde una cabina telefónica, Barton expuso a Nick Kester los recientes sucesos.

—Un chico listo, jugando a romper barquitas, ¿eh? Y ahora vas a tener a todos los gorilas de Lacey tras tus tacones. Será mejor que te pongas a cubierto por unos días.

—No puedo. Tengo prisa por ver a Fox Hilton.

—Fox Hilton es un asesino a sueldo, Brent. No mató a Tom y a Gail por iniciativa personal, sino porque alguien se lo mandó. No vengarás a tus Coplan matando a Fox, sino buscando al cerebro que está tras de Fox.

—¿Lacey?

—Alguien más importante que Lacey. Encuentra quien le da órdenes a Lacey. Solo entonces tendrás al verdadero asesino. ¿Persistes en seguir siendo un solitario, un individualista?

—Sí, porque es asunto mío.

—Todo lo que de cerca o de lejos se refiera a Lacey, es también asunto mío. ¿Dónde te esperaba él?

—En el Muelle Sexto. Volveré a llamarte, Nick.

Colgó Barton sin esperar respuesta, y marcó el número de Arline.

—Voy viviendo, Arline. Por si te interesa saberlo.

—Gracias, Brent. Y siento lo de anoche.

—Yo también.

—Empiezo a comprender tu punto de vista. Es muy personal, pero humano. Lo que mía preocupa es que tú solo...

—Ya no estoy solo. Nick Kester me ha ayudado. Te he llamado porque necesito información sobre Herman Brand, el dueño del “Colomba” y otros barcos. Necesito todo su historial. Creo que en varias ocasiones tuvo dificultades con la Inspección Naviera. Si es preciso soborna a alguien de sus oficinas. Creo que vale la pena gastar dinero con tal de obtener la íntima historia da Herman Brand.

—Muy bien, cariño. Tengo algún dinero en mi cuenta corriente.

—¿Tu cuenta corriente? No, no... Este es un gasto legítimo, anexo a los reportajes.

Pagará Raymond Stone.

—Lo siento, cariño, poro ya no trabajas para Stone.

—¿Qué?

—Le dije a Stone que tú continuabas enfocando los reportajes a través de Tom Coplan y se puso furioso. Ha contratado a otro periodista para el reportaje sobre los muelles. Hizo poner un cheque a tu nombre, por un mes, y una nota para que firmes haberlo recibido, considerándote

despedido.

—Bien. De todos modos, ¿puedes conseguirme la información que te— he pedido?

—Naturalmente que sí, puesto que la necesitas, cariño.

—Hoy mismo. Mándala al “Barrymor”. Gracias, Arline. Siento haberte defraudado, pero sigo mi camino… y si puedo contar contigo, tal vez sepa triunfar en otro sitio.

—Cuentas conmigo, cariño. De veras.

Saliendo de la cabina, pensó Barton que prácticamente era un fracasado. Otro trabajo del que era despedido. Pero… vengaría a Tom y Gail Coplan.

Se dirigió a la cantina-biblioteca para marineros retirados y convalecientes. Rebuscó en varios volúmenes hasta dar con lo que deseaba.

Una fotografía de Herman Brand, naviero. Un cuerpo como un tonel y labios delgadísimos. La fotografía estaba tomada con ocasión del cambio de servicio del “Colomba”.

Según el reportaje, Harman Brand había empezado siendo un fogonero. Y al ser propietario de tres barcos, persistía en ser un hombre libre, que no admitía que sus empleados pertenecieran a ninguna Unión.

Pensó Barton que esto solo era posible, si Herman Brand pagaba una crecida cantidad a Curt Lacey. Iban encadenándose los hechos. Lacey estaba al servicio de Herman Brand.

Se dirigió hacia el “Barrymor”, pensando en cómo podría dar con el paradero de Fox Hilton. Paseó con impaciencia por el vestíbulo, devanándose inútilmente los sesos.

Se precipitó al teléfono, cuando el conserje, le hizo una seña. Era Arline Hart.

—De momento consta que Herman Brand ha tenido una carrera muy accidentada. Ha perdido y ganado fortunas. Fue consignatario. Sobreseído por intento de soborno a un inspector marítimo. Tuvo apoyo financiero, no sé sabe de quién, y pudo fletar su primer barco, el “Colomba”. Por ahora no tengo más noticias, salvo que por la botadura de un nuevo barco, Herman Brand, dará esta tarde una recepción a bordo del “Seastar”. Acuden a ella sus amistades, mucho personaje de los que llamas conspicuos y sus empleados.

—Este último dato es importante. Gracias, Arline.

Colgando el aparato, pensó que ya sabía dónde encontrar a Fox Hilton.

⋆ ⋆ ⋆

El “Seastar” aparecía rutilante, sin estrenar. Un oficial saludando, le pidió a Barton su invitación. Mostró este el carnet de Prensa.

El oficial volvió a saludar, entregándole folletos de propaganda del

nuevo barco.

Brent Barton se confundió entre la concurrencia: Prensa, invitados, gente a la que importaba mucho figurar en las noticias de Prensa…

Llegaba Barton al tercer puente, cuando un “Cadillac” se detuvo al pie de las pasarelas. Bajó Curt Lacey, de aspecto próspero. Seguido por un hombre corpulento.

Fox Hilton.

Brent Barton crispó los puños. Pero aconsejándose calma. No podía “charlar” con Fox Hilton ante cientos de invitados.

En los salones los camareros iban distribuyendo finezas gastronómicas y licores caros. Dedujo Barton que un invitado como Lacey, estaría en la cámara principal.

En efecto, debía estar allí, porque disciplinadamente, como un perro bien amaestrado, Fox Hilton esperaba en cubierta.

Y Brent Barton deseaba ahora fervientemente que Fox Hilton le viera.

Encendió un cigarrillo a tres pasos de Hilton, arrojando la cerilla entre ellos dos.

Fox Hilton respingó, reconociéndole. Y empezó a caminar mientras bajando las escaleras aceleraba Barton el paso, penetrando en el corredor de segunda clase.

Bajó la escalera conducente a cocinas y oyó los pasos de Fox Hilton bajando la otra escalera.

Estaba visto que Fox Hilton ansiaba atraparle en un lugar sin invitados.

La misma intención tenía Barton. Pasó bajo el dintel marcado: “Solo tripulación”. Que estaba ausente, en tierra. El barco contenía, solo oficialidad, camareros, Prensa, invitados…

Corrió por los estrechos pasillos y repicaron en eco los zapatos de Fox Hilton.

“El cazador es perseguido”, pensó Barton, dándose ánimos apretando en su bolsillo la culata de la pistola ex propiedad de Syd Hopkins.

Llegó a la cámara frigorífica abriendo y cerrando compuertas. Vacías, porque aún no se había aprovisionado el “Seastar”. Corrió a la esquina opuesta a la entrada, y se acurrucó tras una estantería metálica.

Sacó del bolsillo su automática, quitó el seguro y aguardó.

La puerta fue abriéndote, y Fox Hilton se deslizó al interior, escrutando, tenso el rostro, cerrando con el tacón la puerta, pestañeando a la escasa luz oscilante del grupo generador.

—¡Tira la pistola, Fox Hilton! —gritó Barton.

Revolviéndose, Fox Hilton disparó repetidamente. Los estampidos fueron ahogados por el ancho compartimiento a prueba no solo de temperaturas, sino de ruidos.

Los balazos crepitaron en el corcho y madera, encima de la cabeza de Barton. Cinco disparos…

Significaba que quedaba otra bala.

Fox Hilton, encorvado, avanzó protegiéndose en estantía metálicos. Brent Barton tomó puntería, encañonando la pierna derecha de Hilton.

Apretó el gatillo y solo se oyó un chasquido. La pistola estaba vacía. Se maldijo tardíamente. Lo iba a localizar Hilton.

Vio unas puntillas en el suelo. Las cogió, tirándolas a lo lejos. Al ruido, Fox Hilton se volvió, disparando.

Brent Barton se puso en pie, abandonó su escondite, y encañonando a Fox Hilton, conminó:

—Tira tu pistola, Fox. Está vacía.

Fox Hilton lo comprobó apretando en vano el gatillo. Arrojó rabiosamente su arma inútil al suelo. Pero ensanchó el torso, en lo que creyó Barton era fanfarronada.

De pronto, la pistola voló de la diestra de Barton. Su enemigo había dado un patadón acrobático, tirándose al suelo con las manos hacia delante, y alzando la pierna por detrás.

Brent Barton se abalanzó cuando ya Hilton volvía a estar en pie. Consiguió conectar su zurda en plena barbilla, pero se encogió al recibir el puñetazo en el estómago.

Durante unos instantes, Brent Barton se convirtió en un torbellino furioso, golpeando incansablemente, pensando solo en Tom y Gail Coplan.

Veía los tres arañazos en la mejilla de Fox Hilton.

Y vio el rostro boqueando, batir de párpados, mientras seguía apretando el cuello de Fox Hilton y dándole rodillazos.

Lo soltó un poco y Hilton respiró ansiosamente, quedando arrodillado.

Inclinándose, resolló Barton:

—Voy a matarte. Como mataste a Tom y a Gail Coplan.

Apretó de nuevo, hasta ver la lengua de Fox Hilton asomar, hinchada, levemente azul. Aflojó la presión, y zarandeando rabioso, resopló:

—Respira un poco, Hilton, respira un poco. Lo suficiente para decirme quién te pagó por dos los asesinatos.

Los hinchados labios se movieron y la lengua habló con dificultad:

—El viejo... fue accidente... Yo no quería... matarle...

—¡La chica! No fue accidente. ¿Quién te pagó? Habla, y por mí, podrás respirar, escapando, ¡Habla! ¿Quién te pagó?

Apretando el cuello, hincó Barton la rodilla en el pecho de Hilton. Menguó un poco la opresión y silbó Hilton:

—Herman... Brand...

Empujó Barton, arrojando a Hilton contra una estantería. Tuvo que apoyarse en otra, para recobrar la respiración normal.

Y de pronto, la puerta se abrió. Oficiales, camareros... Que se apartaron para dejar paso a individuos elegantísimos gracias a sus sastres.

Las pupilas de Brent Barton tardaban en concentrarse. Y por fin, la

imagen de uno de los presentes destacó como bajo un fogonazo de magnesio.

Herman Brand.

Brent Barton tendió un índice acusador:

—¡Maldito asesino!

El rostro de delgados labios, se coloreó, pero la voz era tajante:

—¡Capitán, detenga a esta individuo! Es un lunático. Y notifique la detención a la policía.

Entra los demás que iban rellenando el vasto compartimiento, hubo uno que también se destacó, exclamando:

—¡Pero sí es Brent Barton!

Por fin reconoció Barton, Un rostro guapo, como tallado en granito.

—Sí, señor Stone. Soy yo.

Raymond Stone, tocando en el brazo a Brand, dijo:

—Es uno de mis reportemos. ¿Puedo solicitar atención médica para él ahora mi amo, Brand?

—¡Es un maniático! —gruñó Brand.

—Tomo la entera responsabilidad de lo que haya hecho —afirmó Raymond Stone—. ¿Me permite llevarle a su cabina, capitán? Le ruego mande un médico.

El capitán asintió. Poco después, Barton, reconfortado por el *whisky*, dos grapas en un pómulo y otros apósitos en la frente y garganta, miró con agradecimiento a Stone.

—Ya estoy del todo en forma, señor. Tal vez el médico tenga que cuidarse de Fox Hilton, allá abajo.

Stone se aproximó a la puerta, la abrió y habló un instante a un oficial.

Regresando, instó:

—Cuénteme lo que pasó, Barton.

Narró Barton detalladamente todos sus descubrimientos triunfalmente.

—¿Es posible? —murmuró Stone.

—También me costaba creer que la investigación me llevase tan lejos, porque hoy Herman Brand es todo un personaje.

—Es casi increíble, casi increíble.

—Naturalmente, pruebas legales no las tengo. Solo la confesión de Fox Hilton. Luego puede desdecirse.

—Pero mientras nosotros tengamos la convicción en nuestros corazones ya basta, Barton. Conseguiremos las pruebas.

—Entonces, ¿me acepta los reportajes?

—Naturalmente, muchacho. Ha sido un éxito y se trata de que cuanto antes lo escriba usted. Pero tiene que ir a un sitio seguro, donde ni la policía ni los hampones puedan encontrarlo. Creo que el refugio más apropiado es mi casa. Allí puede descansar y después escribir los reportajes completos.

—Pero, ¿me dejará salir Brand de su barco?

—Yo he aceptado tomar todas las responsabilidades y puedo convencer a Brand porque la Prensa es muy poderosa.

Raymond Stone guiñó un párpado antes de abandonar la cámara. Cinco minutos después reapareció, haciendo una señal para que les siguiera Barton.

Dos marineros esperaban en cubierta.

—Escolten a este hombre hasta mi coche —ordenó Stone, autoritario—. Díganle a mí chofer que lo lleve inmediatamente a mí caía.

Saludaron los marineros y añadió Stone, mirando a Barton:

—Yo debo acabar de calmar a Herman Brand. Dentro de una media hora le veré en mi casa.

Poco después, el lujoso “Cadillac” abandonaba los muelles. Y reclinándose en el mullido asiento, Brent Barton respiró a fondo, complacido.

CAPÍTULO XI

Más que la primitiva satisfacción de la violencia empleada para tundir a Fox Hilton, lo que le complacía era saber que había desenmascarado a Herman Brand y Curt Lacey.

Y además, era la primera vez que emprendía un trabajo y lo terminaba.

Por fin, le demostraría a Arline Hart que no era un inadaptado rebelde.

Mientras el "Cadillac" avanzaba, experimentó una leve sensación de alarma. Algo en su subconsciente le advertía, de un peligro incomprensible.

Se sentó erguido. La mirada del chofer estaba fija en él, por el retrovisor. La apartó cuando Barton insistió en mirarle. ¿Curiosidad?

No, no era curiosidad. Aquel chofer había actuado como si el repentino erguimiento de su pasajero le alertase.

Barton se desplazó en el amplio asiento, esquinándose a la izquierda.

El chofer movió el retrovisor, de modo que podía seguir espiándola.

Su guerrera llevaba una deformación que antes no había llamado la atención de Barton.

En el hombro izquierdo. Y estaban abiertos los primeros botones. Cosa inconcebible en el chofer del lujoso "Cadillac" del distinguido Stone.

Bostezó Barton con supuesta indiferencia, y pasó al asiento derecho, como si quisiera ver más de cerca la transitada acera.

El retrovisor cambió de nuevo su ángulo.

Ya no le cabía duda que aquel chofer robusto y con una automática al hombro, le dedicaba mayor atención a él que al tránsito.

Y se le ocurrió a Barton la explicación lógica. Raymond Stone; había conseguido que Herman Brand permitiera salir a su reportero del barco.

Pero los marineros habían engañado a Stone. No habían conducido al reportero al coche da Stone, sino al de Brand.

Aquel chofer de cuello macizo, anchas espaldas y rostro estólido, no era un mecánico para caballero distinguido, sino un "mano de obra" al servicio de Brand y Lacey.

Una luz roja en un cruce hizo frenar el "Cadillac".

Brent Barton saltó del coche a toda velocidad, pasando por entre coches y confundiéndose prontamente con la apretada masa de transeúntes que poblaba la acera.

Pero volviendo el rostro, vio que el chofer había abandonado el coche y corría empujando a la gente sin miramientos. Distaba unos veinte metros y pronto le daría alcance.

Brent Barton no se hallaba en condiciones de renovar una pelea.

Se abalanzó a la entrada de un metro, bajando a saltos unas escaleras, sacando el billete en el automático, y oyendo las pisadas del chofer bajando también a saltos las escaleras.

Barton llegó al andén, cuando una masa de gente se apretujaba para entrar en el vagón. No había medio de abrirse paso, y el chofer distaba ya tan solo unos cinco metros.

Adelantaba ya una mano. Que le pareció a Barton de un tamaño descomunal.

Dio codazos, oyó protestas y, por fin, arropado por los pasajeros, penetró dentro del vagón, que cerró su puerta.

La mano del chofer quedó aún extendida, pero desde el andén.

Resoplando, se limpió Barton el sudor. Un pasajero a su lado, sonrió:

—Se le nota en el rostro que suele usted tomar el metro a bayoneta calada.

Otro gracioso, señalando las huellas recientes de la pelea, manifestó:

—La agredió un matrimonio, ella con el tacón del zapato y él que era contable con la calculadora.

El propio Barton rio, porque ya el chofer estaba lejos y también Brand y Lacey.

Bajó a la primera parada, saliendo con la cautela de un sioux perseguido.

Si asomaba arriba podía encontrarse con el chofer esperando. Cruzó el andén frontero y pasó a otro vagón que iba en sentido inverso.

Fatigado, salió a la calle, ya anocheciendo. Llamó a un taxi y dio la dirección de la casa particular de Raymond Stone.

⋆ ⋆ ⋆

El *whisky* era indudablemente una medicina mágica. Calmaba los nervios, vigorizaba los músculos, agudizaba el intelecto y daba una inmediata sensación de bienestar.

Hundido en el confortable sillón, miraba Barton con gratitud a Raymond Stone, que comentaba:

—Es formidable lo que ha podido realizar usted solo, muchacho. Me alegra poderle incluir en mi equipo de colaboradores en firme.

—¿Ya no estoy despedido, entonces? —sonrió Barton.

—Confieso que me enojé cuando Arline me dijo que usted no hacía caso de mis indicaciones, pero naturalmente, yo no podía saber que estaba usted a punto del descubrir algo de tanta importancia. Recibirá un cheque suplementario para compensarle de lo que podemos calificar como falta de fe en usted, Brent. Y tengo en preparación un buen trabajo para usted. Hawái será prontamente aceptado como otro Estado de Norteamérica. Ira usted allí para emprender una investigación sobre los problemas raciales.

Apenas descanse usted un par de días, tomará el avión.

—¡Un par de días! Necesito por lo menos una semana para escribir el reportaje completo sobre los Coplan, Brand y Lacey. Además, me gustaría esperar a verlo publicado.

—Me temo que ese reportaje tendrá que permanecer quieto algún tiempo, Bastón —manifestó, sonriente, Stone.

—¿Cómo?

—Comprendo su desilusión, pero he estado constatando a mí abogado y dice que no tenemos una prueba legal contra Brand. No tenemos nada sólido que pueda ser sustentado ante un Tribunal.

—Lo sé, pero allá en el barco, usted mismo me dijo que obtendríamos las pruebas.

—Y así lo haremos, pero pasará algún tiempo, meses...

—¿Meses? Deme solo una semana y tendré pruebas.

—No las pruebas que yo quiero.

—¿Qué clase de pruebas quiere usted?

—De la clase que me protegieran contra una acusación de libelo. Lo mejor será entregar su información a la policía.

—Brand y Lacey saben dónde tienen que sobornar.

—Brent, muchacho —sonrió, tristemente, Stone—. No podemos ser a la vez policía, juez y jurado contra Herman Brand. Me consta que este reportaje, es para usted algo sentimentalmente muy importante, pero yo debo velar por la reputación de mis publicaciones. Tengo que proteger mi organización.

—Si no acepta publicar mi historia, la enviaré a la Prensa.

—¿Y su lealtad hacia mi organización, Barton?

—Mi primera lealtad la juré a Tom y Gail Coplan.

—Tiene usted un gran porvenir conmigo, Barton. Sería un grave error que; le cerraría todas las puertas, abandonarme... La compensación que he meditado hace poco... será de dos mil dólares.

—¿Compensación... o soborno, Stone?

—No se ponga portuario, hombre. ¡Piense con sentido! Le ofrezco dinero y éxito. ¿No es lo que apetece todo hombre inteligente?

—No me satisface esta clase de triunfo, Stone.

—¿Qué es, entonces, lo que quiere? ¿Lo sabe usted mismo, Barton?

—Ser honrado conmigo mismo. No hay nada en el mundo en estos momentos que sea para mí más importante que desenmascarar a Herman Brand y Curt Lacey, para que los expulsen de los muelles y los encarcelen.

Raymond Stone miró su vaso. Estaba vacío. Llamó:

—Richard, traiga Scotch y soda.

El mayordomo abandonó el umbral, regresando al poco con una bandeja... Había un largo espejo en una pared, decorándola, y en su azogue, contempló pensativo Barton a Richard.

Por un momento se cruzaron las miradas del mayordomo y del reportero. Pensó Barton que aquella mirada ya le había estado acechando. ¿Dónde?

Recordó de pronto. Aquella era la misma mirada que le acechaba por el retrovisor del “Cadillac”.

Bebió con ansia. Y al hablar lo hizo con voz exageradamente calmosa:

—Cuando fui a los mutiles para estudiar la sinopsis de mis reportajes, sabía que para poderlos escribir necesitaría guardar el secreto sobre mis investigaciones. Pero no podía, porque siempre había alguien acechándome. Alguien que siempre sabía lo que iba a hacer yo. No podía comprender cómo era posible que se me anticipasen siempre. Porque nadie sabía mis planes, nadie, excepto usted, Stone.

Raymond Stone le contemplaba inexpresivamente. Prosiguió Barton:

—Cuando vine aquí para rogarle me permitiera continuar con la historia de Tom Coplan, le dije que Gail había conseguido un dato muy importante. Nadie más lo sabía.

Solo Gail, yo… y usted. ¡Usted dio la orden paira matar a Gail Coplan!

Con fría sonrisa, especificó Stone:

—No fui yo quien dio la orden, sino Herman Brand, que sintió pánico al saber que Gail Coplan tenía una pista conducente al “Dorothy-H”. Él ordenó que la matasen.

—¡Pero usted le orientó!

—Intenté disuadir a Brand, porque detecto la violencia.

—¿Qué complicidad existe entre usted y Brand?

—No tengo inconveniente en aclarárselo, puesto que ha adivinado la mayor parte del secreto. Herman Brand es mi clienta principal. Acudió a consultarme sobre un problema y yo prometí resolverlo.

—¿Cuál problema?

—Brand deseaba eliminar a Nick Kester, porque si los muelles Sur elegían presidente de la Unión a Kester, este haría revisar las tarifas y Brand se vería obligado a pagar cientos de miles en aumentos de salarios atrasados.

—Comprendo. Brand necesitaba que usted movilizase a la opinión contra Kester, para que fuese Lacey el elegido. Y el triunfo de Lacey como jefe único en los muelles Sur, iba a suponer para usted muchos miles.

—En efecto, muchos miles. Y necesito mucho dinero, Barton. Esta casa, mi finca campera, mi yate… Perdí últimamente un par de buenos padrinos, cuyos anuncios me representaban muchos miles.

—Para recuperar estos miles, usted y Brand planearon el tráfico de drogas.

—No, no… La droga es exclusivamente negocio de Brand, y a mí no me importa cómo consigue Brand el dinero para pagarme. Cometí una equivocación al enviarle a los muelles para este reportaje, Barton. No tenía

la menor idea de que usted me resultase tan difícil de manejar. Lo intenté todo para hacerle dúctil. Le indiqué a Lacey que le sobornase. Fracasamos. Le indiqué a Lacey que aceptase una provisional alianza con Lyle Wander, para acusar de ello a Kester. Pero ni siquiera la joven y hermosa damisela, la secretaria de Kester, que traicionó a este, bien pagada por Lacey, pudo burlarlo a usted. Y es porque: usted no reacciona sensatamente, sino como un loco idealista.

—Tan loco que estuve ciego, hasta que vi a su mayordomo. Le identifiqué como el chofer del que creía haber escapado. Y… me he metido directamente en el cubil del lobo.

—Exacto. De cabeza en la guarida.

Durante toda la conversación, Barton meditaba a la vez en la fuga. Tenía que moverse rápido y atacar por sorpresa.

Se movió un poco en el sillón, para dejar aplomado el peso de» su cuerpo sobre sus tacones. Bastaría distender las rodillas, saltar derribando a Stone, y como en un partido de rugby, mortal y definitivo, correr en zigzag para hurtarse al “placaje” del chofer mayordomo Richard.

Presionó los tacones, pero sus rodillas parecían de algodón. Sus músculos no le respondían. No podía controlarlos y fallaban sus intentos de abandonar el sillón.

Hasta le costaba conservar los ojos abiertos. Miró a Stone y después su vaso vacío.

—Me han narcotizado —murmuró Barton.

No se dirigía a nadie en particular. Pensaba en voz alta.

Una gran laxitud le invadía.

—Me han narcotizado repitió.

—Sí. Lo siento, pero era necesario. Detesto la violencia —dijo Stone, gentilmente.

Brent Barton cerró los ojos, para ver si con solo un instante de reposo, podía recuperar en parte sus fuerzas. Oyó rumores confusos en el vestíbulo, una colérica voz femenina, pasos en taconeo…

Abrió los ojos y vio a Arline Hart en pie ante Raymond Stone. Este no demostraba cólera, sino curiosidad, y murmuró Barton:

—Todo perdido… Todo por nada…

Ella exclamó, colérica:

—¿Qué te pasa, Brent?

No pudo contestar Barton. Estaba consciente de que el rostro solo debía manifestar estupor, alelamiento.

Ella se arrodilló junto al sillón, tomándole el pulso:

—¿Qué le pasa a Brent?

—Está enfermo —manifestó Stone, gravemente—. Exhausto. He decidido que Richard lo lleve a mí casa de campo.

—¡No! —exclamó ella.

—¿Por qué no? —preguntó blandamente Stone, encendiendo un cigarrillo.

—Yo me cuido de Brent. Lo llevaré a mí piso.

—Usted, Arline, no puede darle a Barton el cuidado necesario.

—¡Oh, Stone, deje ya de hablar así! ¡Cállese!

Se ¡endureció la voz masculina:

—Me temo que está usted perdiendo su control, Arline.

Lo oía todo Barton, como una lejana conversación, vaporosa pero audible.

—¡Usted es un canalla, Stone! —acusaba ella—. Estoy avergonzada por haberle creído un hombre íntegro. Hice una investigación acerca de Brand tal como me dijo Brent. Me costó dinero, pero el resultado valía la pena, tal como me dijo Brent. Averigüé que Harman Brand le tenía a usted comprado, ya que canceló él sus deudas, Stone.

Se interrumpió ella para reprimir un sollozo, y prosiguió:

—Esta vez llevó usted las cosas como le indicó Herman Brand y fracasó porque Brent es un hombre íntegro. Y ahora pienso en sus campañas da usted, contra los *pullman* declarándolos poco seguros, ya que las vidas dependían de un chofer. ¿Le pagó la Compañía de Ferrocarriles? Y la historia de los mineros… ¿la pagaron los de Seguros? Usted que se vendió a Brand… se ha vendido a otros.

—Una moralidad abrumadora, Arline, pero trabajando en mi organización, usted seguirá teniendo prestigio y dinero. Con Brent, miseria, pan y cebolla.

—¡Muy a gusto! Él es un hombre, él es un caballero… Usted un hipócrita canalla.

—Mejore su léxico, Arline. Usted no me dejará, porque puedo hacerla triunfar. Puedo hacerla gerente única de la firma Raymond Stone. Con sueldo anual da treinta mil dólares. Esto cambia las cosas, ¿verdad, señorita Hart?

—Todos tenemos un precio, ¿no, señor Stone? ¿Cómo he podido ser tan estúpida? ¿Cómo no adiviné la clase de granuja distinguido que era usted? Lo que sí sé es que me llevo a Brent y considéreme ya totalmente ajena a su organización, Stone.

—Desgraciadamente, no puedo permitirlo. ¡Richard! ¡Venga aquí!

Richard entró en la habitación, pero caminando en forma extraña. Tenía un brazo retorcido a su espalda, en un ángulo forzado.

Le retorcía el brazo Milo Samson, y tras este, Nick Kester sonreía siniestramente jovial.

CAPÍTULO XII

Raymond Stone, lívido, emitió un agudo al exclamar:

—¿Qué es esto?

Arline Hart lo explicó:

—Ahora es usted el que no debe perder el control, Stone. Esta tarde, al terminar mi investigación, tal como quería Brent, quise que Brent me perdonase; y fui al “Seastar”. Me dijeron que se había ido en su “Cadillac” Stone. Y temí por él. Llamé a Kester, y le conté todo lo que sabía. Sabía también que Nick Kester era el único hombre en quien confiaba Brent, pese a sus diferencias.

Raymond Stone esgrimía una automática. Encañonó a sus visitantes.

—No le sirve de nada el petardo, Stone —aseguró Kester—. Las ratas ya abandonan su barco. Curt Lacey está confesándose.

—Miente usted —murmuró Stone, temblándole la diestra con el arma.

—No pierdo el tiempo con mentiras, Stone. Fui al “Seastar” y me encontré con el ratón que buscaba. Fox Hilton estaba bastante magullado, después de su discusión con Brent. Lo cogí por mí cuenta, llevándolo al despacho del fiscal. Tengo allí un buen amigo. Al poco rato, Hilton firmó una hermosa declaración, sincerándose. Cuando le presenté una copia a Lacey, quiso una tregua. Él tiene en su despacho un registro magnetofónico de todas las conversaciones. Conserva las cintas grabadas de las conversaciones entre Brand y Fox acerca de las muertes de Tom y Gail. Lo hizo como quien suscribe una póliza de seguro para el porvenir. Y ahora, Curt Lacey va a ser testigo de cargo contra usted, Stone. Él se compró la condena pequeña, la sentencia leve, pero usted no puede comprarse más que un traje a rayas en Sing-Sing.

El significado de todo lo que oía, fue penetrando en la mente de Raymond Stone.

Sus músculos se relajaron y la pistola que encañonaba a Kester vino a presionar su propia sien. Pero el índice de Stone curvado sobre el gatillo, volvió a distenderse.

El arma cayó al suelo, y con triste sonrisa, dijo Stone:

—Detesto la violencia.

⋆ ⋆ ⋆

Cuando Brent Barton salió de su inconsciencia, se encontró en una cama, mirando a Nick Kester y a Arline Kart. Dos personas, dos polos opuestos, allí juntos, cuidándole.

Besándole; ella murmuró:

—Has triunfado, cariño.

—Sí, pero… ¡Lacey es testigo de cargo! Saldrá libre.

—Y un rábano —aseguró Kester—. Tal vez la policía lo suelte, pero no podrá volver a los muelles. Se irá lo más lejos posibles.

—Todas las agencias están anhelando tener tus reportajes, cariño. Puedes poner el precio que quieras.

—Una vez impreso, quedarán los muelles limpios de ratas. Mi charca… Sí, mi charca, Brent, porque yo tengo métodos que no te gustan, pero que son los únicos posibles.

Bueno, no vamos a discutir ahora. Tú has sido el loco que ha conseguido limpiar de ratas mi charca.

Tendió la mano, sacudiendo la diestra de Barton, y murmuró:

—¿Tuvo que: ver algo Madge con las tres cuartillas comprometiéndome?

—¿Por qué lo preguntas, Nick?

—Porque… se fue y no está en la ciudad.

—Entonces… tienes la respuesta. Y celebro que se haya ido.

—Tal vez haya sido mejor. Bueno… Procuraré que en lo sucesivo en los muelles Sur no tenga que husmear ningún reportero, porque no habrá nada sucio, sino la pura violencia necesaria en la jungla de mi charca. Adiós, Brent. Beso sus pies, señora Barton.

Brent Barton sonrió beatíficamente. La señora Barton besaba que era un primor. Y las agencias estaban a punto de atacar al reportero Barton con una puja constante en suculenta subasta.

—Suculenta… —murmuró, apretando su abrazo.

La futura señora Barton, ruborosa, siguió besándolo.

FIN



Todo empezó al producirse el asalto al banco “del pueblo.
Los “gangsters” se apoderaron de una furgoneta y...
¿Qué había en el interior de aquel vehículo? Algo muy importante a juzgar por la prisa que se dio la policía militar para localizar a los asaltantes del Banco...

Así se inicia la acción de

EL ROBO DE LA “MONNA LISA”

El más apasionante relato de acción de *CLARK CARRADOS*
¡Muchas vidas humanas dependían de la rapidez con que fueran encontrados los ladrones!

No deje usted de leer
EL ROBO DE LA “MONNA LISA”
Un título sin igual que
COLECCION SERVICIO SECRETO le ofrecerá la próxima semana Precio de venta: 6 ptas.
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2
BARCELONA

¡AÑO NUEVO, VIDA NUEVA!

Esto ha de ser su lema, amable lector, si desea que el año que pronto empezará, transcurra para usted felizmente en todos los aspectos.

Nosotros estamos a su lado para ayudarle, ofreciéndole un volumen que le prestará notables servicios

Cómo vivir 365 días al año

¡86 semanas a la cabeza de los best-sellers norteamericanos, atestiguan el éxito sin precedentes de este libro excepcional!

COMO VIVIR 365 DIAS AL AÑO

¡Un título inapreciable!

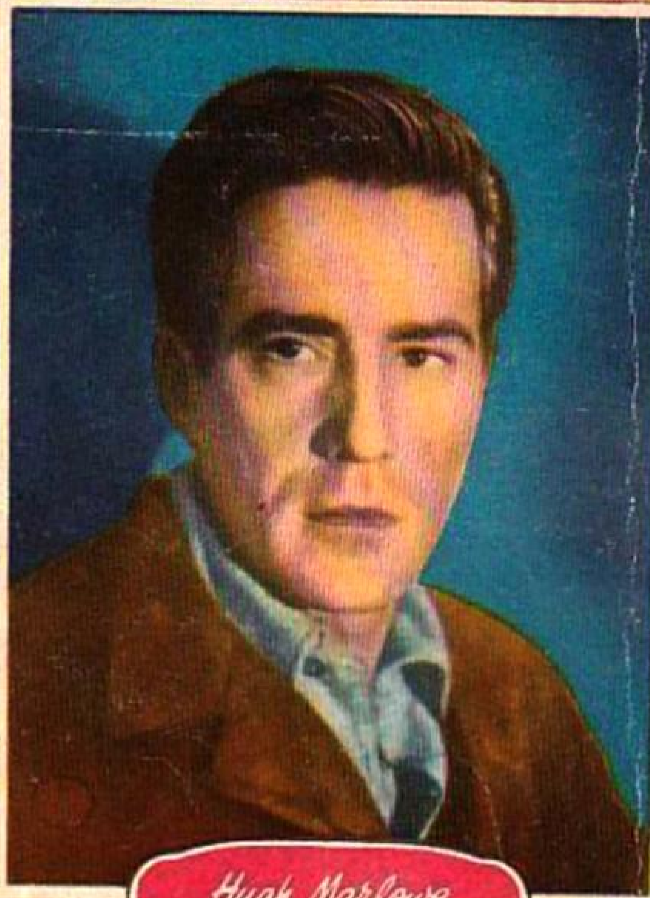
Precio 55 ptas.

Una exclusiva para España de:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS




N.º 447

En 1939 debutó en el cine, pero no destacó hasta 1942, en "La señora Parkington". Triunfó de pleno en "Hablan las campanas". Hugh Hipple es su verdadero nombre y está casado con K. T. Stevens.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: $ 4

[1] Barcaza con rieles, comunicando ramales de tren entre riberas.